

josé remus araico

identificación e identidad en la cultura actual

introducción

La sola idea de escribir acerca de "...La Cultura Actual" despierta en mí aquellos conceptos que he manejado en otros trabajos acerca de la interrelación psicológica y social, la cual incluye algunas ideas sobre los conflictos y los cambios sociales. Por lo tanto, nuevamente demuestro mi posición respecto a estos conflictos y su lectura seguramente será controversial. No debe cabernos duda de que las instituciones psicoanalíticas, como todas las instituciones con cierta tradición y estabilidad, están sufriendo crisis de diversa índole, y que los psicoanalistas que las integramos de alguna manera estamos reaccionando a los rapidísimos cambios sociales de los medios en los que estamos inmersos. Yo creo que en las instituciones y en los individuos, y no tanto en la teoría, es donde está la crisis, por lo que desearía que de la propia controversia salgan esclarecimientos de diferentes posiciones frente a nuestra praxis como terapeutas y posturas más definidas, cabría decir aquí el resultado de una identidad profesional más clara como integrantes de una élite científica en las ciencias de la conducta.

Antes he dicho que la teoría psicoanalítica no está en crisis. Lo afirmo así, porque cada tratamiento psicoanalítico que hacemos, ya sea en un paciente cualquiera o en el encuadre un tanto particular del análisis didáctico, así como las interpretaciones y "predicciones" psicoanalíticas que hacemos de un fenómeno social, nos confirman una y otra vez que siguen vigentes los

paradigmas y principios fundamentales de nuestra teoría. Mencionaré sólo los principales cimientos de nuestro edificio teórico: el inconsciente dinámico, la importancia de las primeras relaciones de objeto y del desarrollo psicosexual en los primeros años infantiles, el principio de la formación de síntomas que incluye el concepto de las series complementarias, los elementos más particulares implicados en la teoría estructural y sobre todo el de la autonomía relativa del **yo** y del **superyo**. Estos principios o cimientos están incólumes, independientemente de pequeñas variaciones intrascendentes en su aplicación o en su alcance y sistematización. Algunos otros aspectos de nuestro andamiaje teórico pueden ser más discutibles, tales como la teoría de los instintos, o los alcances de los mecanismos de defensa patológicos, o de los procesos de adaptación. Sin embargo, creo que estas discusiones no nos disgregan como grupo analítico, aun cuando sí dan los matices de ciertas filias o fobias más locales que generales, por lo que creo aún vigente nuestra identidad general en la teoría.

Por ejemplo, el valor heurístico del concepto del instinto de muerte no nos separa fundamentalmente, como integrantes de una comunidad, en la teoría general y en el entrenamiento básico. Pero por el mundo cambiante en el que vivimos, las tensiones por nuestras diferencias teóricas sí nos pueden afectar profundamente en nuestra praxis, ya que interpretamos de manera diferente la violencia de cambios en los que participamos, aunque pretendamos que no participamos y que somos "objetivos". Yo creo que hace mucho tiempo se vino abajo la torre de nuestra exclusividad teórica como grupo, pues por fortuna para el mundo moderno, que está luchando por encontrar los caminos para crear una nueva civilización, los estudiosos de la conducta se han apropiado de nuestros postulados, aun cuando a veces no los empleen muy atinadamente. Quizá, cuando desde nuestro mundo psicoanalítico salgan nuevas síntesis teóricas más operantes y más generales, que incluyan de manera más sistemática la relación individuo sociedad, el psicoanálisis habrá hecho de nuevo otra gran contribución para la creación de esa nueva y futura civilización.

Este trabajo es limitado y parcial por dos razones fundamentales. La primera, porque creo que es tarea de un grupo interdisciplinario el agotar o extenderse en todas las interacciones entre la cultura, con sus instituciones primarias y secundarias, y las vicisitudes de su internalización, o sea, las identificaciones y las identidades resultantes, las que a su vez repercuten inexorable y directamente en el complejo andamiaje sociocultural. La segunda razón de la parcialidad de este trabajo es que no trataré de hacer una reseña bibliográfica, pues prefiero invertir mi esfuerzo en la

expresión de mis ideas tal como las he digerido hasta este momento.

Creo que es este el lugar de algunas definiciones explicativas. Cuando no use algún término en el sentido que ahora definiré, trataré de ampliarlo o puntualizarlo con una nueva acepción. Considero como identificación, a un proceso mental automático e inconsciente por medio del cual el individuo llega a parecerse a otra persona en uno o varios aspectos. Es un acompañante natural del desarrollo y de la maduración mentales y ayuda en los procesos de aprendizaje, así como en la adquisición de intereses, ideales, valores, manierismos, etcétera. Los patrones de reacción adaptativos y defensivos de un individuo, a menudo son atribuidos a la identificación con personas admiradas y amadas o temidas. La separación de una persona llega a ser más tolerable como resultado de la identificación con ella. Podemos considerar que hay identificaciones totales o parciales, lo que implica en éstas últimas que el cambio estructural no es estable, ni duradero y que generalmente cae dentro de una situación conflictiva por la contradicción potencial con otras identificaciones parciales. A veces, éstas son también llamadas pseudoidentificaciones. Si se considera este concepto vinculado al de catexia de objeto, la identificación sería el resultado del cambio de algunas de las estructuras psíquicas (**yo, superyó e ideal del yo**), por la acción de parte de las catexias de objeto y sus vicisitudes (sea el abandono traumático, incluida la muerte del objeto, sea otro tipo de relación intensa, sea por los procesos madurativos que llevan al sujeto a otro nivel de relación aun con el mismo objeto). Para muchos analistas, es indispensable que para que suceda la identificación, se requiere un grado de desarrollo del **yo** más allá de la individuación, para que se diferencie el sujeto de los demás objetos del medio ambiente, comenzando este cambio en la simbiosis con la madre. Se requiere que las catexias del incipiente **yo** "viajen" por dos caminos hacia destinos distintos: las catexias de objeto y las del self. Estas últimas irán a enriquecer el armazón complejo de la identidad. Quizá debemos en éstas incluir las identificaciones parciales en vías de estabilidad, mientras las primeras estarán al servicio de las representaciones internas de objeto cada vez más numerosas. Por lo anterior, es claro que las identificaciones —sean parciales o totales, sean identificaciones propiamente dichas o pseudoidentificaciones—, son el principal medio de la especie para la transmisión de los patrones y valores culturales, siendo también los "centro de mando" de las diferentes posibilidades de la conducta interpersonal de un individuo. Son nada menos que sedimentos-herencias de los aprendizajes con los objetos primarios. Por ejemplo, las dos identificaciones parciales contradictorias (ambivalentes) que un niño efectúa en sus etapas preedípica y

edípica hacia el padre, al no neutralizarse o solucionarse adecuadamente, le dejarán un conflicto potencial que se puede hacer manifiesto por el estímulo de los problemas autoritarios de un medio dado, siguiendo el concepto de las series complementarias, dando por resultado actitudes y conductas de "protesta" durante la adolescencia, la que puede también contener elementos progresivos y madurativos al lado de otros elementos conflictivos neuróticos. Muchos analistas que minimizan la acción del medio externo, se olvidan de el innegable valor explicativo de las series complementarias, que me parece otro de los cimientos básicos del psicoanálisis. Aquí cabría un comentario un tanto crítico respecto a que los psicoanalistas, durante nuestra práctica privada con pacientes y candidatos, no damos todos el mismo valor a los sucesos del medio ambiente. O sea, el valor tanto como fuente de estímulos, como el del campo de acción social de la conducta. Aun cuando en general tenemos en cuenta a la realidad exterior, no tenemos criterios comunes en cuanto al **timing** o "momento" de la interpretación de esta realidad exterior. Cabría pensar si los institutos de psicoanálisis no están menospreciando la adecuada enseñanza teórica y clínica de la autonomía del paciente y del analista, en el sentido de la "autonomía" estructural relativa del **yo**.

Pero el detalle de esta controversia me alejaría en este momento de las definiciones que deseo explicitar.

El concepto de la identidad, por el proceso mismo de adquirirla, es aún más explícito de describir y algo más elusiva su definición. Un principio de la filosofía Zen reza más o menos así: "Aquél que no conoce (integra) su pasado, vive angustiado en el presente y no sabe a donde ir en su futuro; aquél que conoce (integra) su pasado, vive seguro en el presente y sabe por donde caminar en su futuro". Si las identificaciones le dieron al individuo las bases de su conducta, el sentido de su identidad del **yo**, lo provee de su estabilidad en el tiempo, con cierta independencia de los factores de la realidad externa y con la capacidad de enfrentar aquellas vicisitudes de la misma que se le presenten. Acepto como identidad, la experiencia del **self** o mismidad, como identidad coherente y única que es continua y permanece casi la misma a pesar de los cambios psíquicos internos y los del medio ambiente externo. El sentido de identidad comienza con la consciencia del niño de que existe como un individuo en un mundo de objetos externos animados e inanimados, que él tiene sus propios deseos, pensamientos, recuerdos y su propia apariencia distintiva. La identificación con ambos padres le da una cualidad bisexual a sus autorepresentaciones del **self**, esto se presenta en los niños de ambos sexos. Sin embargo, una autorepresentación integrada, o autoimagen, es creada con base en las múltiples identificaciones

secundarias y en las identificaciones parciales previas que contribuyeron a los rasgos de carácter, pero va más allá de ellas, siendo ya la resultante coherente de las mismas con mayor estabilidad y persistencia estructural. Respecto a la identidad sexual, esta autoimagen representa comúnmente una identificación dominante con el padre del mismo sexo, integrando así coherentemente los estímulos provenientes de la maduración hormonal en cada etapa madurativa psicosexual y, sobretodo, durante la pubertad. La estabilidad relativa del sentido de la identidad del yo, es lograda con la solución de las identificaciones parciales bisexuales, frecuentemente contradictorias, con la terminación de la adolescencia, en lo que se llama tan operativamente como la crisis de identidad. El sentido de la identidad del yo es la autoimagen tal como es percibida por uno mismo, la cual comprende la conciencia de algunos, aunque no de todos, los sentimientos emocionales, las mismas sensaciones físicas y los rasgos de carácter. Sobre todo en el tratamiento de adolescentes, los aspectos reprimidos de la identidad son frecuentemente la fuente de ansiedades contratransferenciales, puntos ciegos y actitudes parciales del terapeuta, que impide así la maduración de su paciente por querer imponer sus propios patrones de lo que debe ser la "salud mental", la genitalidad y la adaptación social. La identidad del analista puede actuar así en contra del surgimiento de la identidad autónoma del yo en el paciente adolescente. A veces se demanda al adolescente, en tratamiento psicoanalítico, una postura "madura", cuando es precisamente la adolescencia el momento del descubrimiento de los propios materiales inconscientes de la identidad que pugnan por emerger y que no siempre deben ser juzgados como "patológicos".

Con cierta oposición complementaria al concepto de la identidad del yo, está el concepto de personalidad, que se refiere a la suma de las impresiones percibidas por los otros acerca de la apariencia individual, las expresiones afectivas, los modos de hablar y la conducta en general de una persona. Un terapeuta puede "justificarse" que, haciendo uso de un "diagnóstico de personalidad" de un adolescente, lo haya 'dirigido' en su tratamiento, cuando lo que pasaba era un momento crítico de la identidad. Algunos psicoanalistas hacen, a mi juicio, un uso excesivo, con resultados en ocasiones iatrogénicos, del concepto kleiniano de posición esquizo-paranoide, forzando la interpretación en un sentido introyectivo del mundo exterior, impidiendo así la creación de un clima madurativo para su paciente.

El sentido de la identidad del yo es la experiencia de uno mismo al tener continuidad y similitud. Esto se debe parcialmente al desarrollo y autonomía de la función sintetizadora del yo. Sólo con

esta autonomía relativa, el individuo tiene la distancia óptima entre sus puntos de vista individuales, los ideales integrados en su serie de valores que le prestan sentido a su vida y los estándares o normas de su universo, distinguiendo también las semejanzas y las contradicciones de su ingruppo y de los exgrupos que lo rodean. Es precisamente un adecuado sentido de la identidad del **yo** la que le permite al individuo participar en los cambios sociales al poder sintetizar adecuadamente su **yo**, las contradicciones entre sí mismo, las de su grupo y las de los grupos externos. Puede situarse así en la periferia de su ingruppo, con determinación y cierta seguridad, para criticar algunos de los estándares a su alcance. En los momentos de fracaso de la acción racional y por lo tanto progresiva, o por el debilitamiento de la capacidad sintética del **yo**, sobre todo en la crisis de identidad en la adolescencia, es cuando aparece la necesidad de radicalizarse violentamente hacia uno y otro frente a la realidad ambiente como una medida de emergencia, para intentar recuperar esa función sintética sin la cual se dispersa el sentimiento de la identidad del **yo**. Desde el punto de vista de la economía mental en una situación de emergencia, es preferible ser la mitad de un todo coherente, que habitar una totalidad confusa.

Será muy importante la investigación clínica sistemática de la psicoterapia de adolescentes para diferenciar las "escisiones defensivas" de las "actuaciones madurativas". Si la individuación implica el abandono de la unidad omnipotente con la madre, la difusión de la identidad en la adolescencia trae aparejada la aparición de todo el cortejo omnipotente, tanto en el sentido fantástico de "lo bueno", como en el de la persecución de "lo malo". La integración más total y de especial calidad como es la identidad del **yo**, esta mucho más que la suma de las identificaciones infantiles, puesto que aquella es la experiencia acumulada de la capacidad del **yo** para integrar y relacionar a dichas identificaciones con las vicisitudes de la libido.*

Se puede definir una cultura,** como la suma total de las actitudes, ideas y conductas compartidas y transmitidas por los miembros de una sociedad determinada, juntamente con los resultados materiales de esa cultura, es decir, las invenciones, los

* Las definiciones anteriores de identificación, identidad y sentido de la identidad del yo, están basadas en parte en "A Glossary of Psychoanalytic Terms and Concepts" editado por la Asociación Psicoanalítica Americana, y sobre todo en las ideas y conceptos de E. H. Erikson, expresados en sus diferentes libros y artículos. También están algunas ideas más de trabajos anteriores sobre la identidad y la protesta juvenil.

** Las definiciones de cultura e instituciones culturales, están tomadas del libro **El individuo y su sociedad**, de A. Kardiner y R. Linton. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

métodos de investigación del entorno, incluyendo a otros humanos y el cúmulo de los objetos manufacturados. Puede definirse una institución cultural, como cualquier modalidad de pensamiento o de conducta organizados mantenido por un grupo de individuos (o por una sociedad), que puede ser comunicada, que goce de aceptación general o que sea aplicada con cierta continuidad por un subgrupo dominante y que la desviación de la cual produzca cierta perturbación en el individuo o en el grupo. Se puede hablar de conducta institucionalizada cuando existe cierta uniformidad y persistencia en la conducta de un grupo. Las instituciones sociales son los medios de la continuidad social y constituyen los instrumentos efectivos del "equilibrio social". Una cultura adquiere su conformación y carácter específico merced a la coherencia y unidad de sus instituciones. Desde Kardiner, Linton, Sprott y otros, se considera aún útil (hoy en día mucho menos) la distinción de las instituciones sociales en primarias y secundarias. Las instituciones serían aquellas conductas organizadas, mantenidas y transmitidas que regulan la integración familiar, la maternidad, el hambre, los impulsos instintivos sexuales, la creación de controles y de derivados de los impulsos instintivos y, sobre todo, de los agresivos. Las medidas de higiene infantil, la disciplina y las necesidades de prestigio y estatus. Todas las instituciones van siendo internacionalizadas por el niño en sus primeros años, por lo que es lógico pensar el tremendo valor que tienen los descubrimientos del psicoanálisis para las ciencias sociales.

Los primeros autores que después de Freud se interesaron más ampliamente en trabajar interdisciplinariamente en el psicoanálisis y en las ciencias sociales consideraban útil el concepto de instituciones secundarias de la cultura. Consideraron a las instituciones primarias más ligadas a los aspectos instintivos más directos del ser humano: hambre, sexo, prestigio, estatus, agresión. Las conductas, organizadas en instituciones, que emergían de las reacciones de los individuos por la acción de las instituciones reguladoras primarias, las llamaron instituciones secundarias de la cultura. Así, consideraron como instituciones secundarias a las formas de gobierno, a los métodos de enseñanza en todos los niveles, a las religiones y al folclor. En los grupos o sociedades primitivas, relativamente aisladas de la acción intercultural de otros grupos, esta distinción entre instituciones primarias y secundarias fue muy útil para los estudios de campo, pero hoy en día, pareciera ser poco operativa esta diferenciación, pues el complejo ir y venir multidireccional de los estímulos y las respuestas de unos niveles a otros de toda una sociedad muy compleja, en ocasiones harta la confusión, como la llamada "nuestra sociedad occidental", impide el seguir la pista y la dirección de la acción de una institución dada sobre los individuos o viceversa. Además,

hoy en día, se considera en Psicología Social mucho más importante la interacción y el momento de la aparición y la extinción de una conducta, que el destino final de la misma, ya sea que se trate de una conducta individual o de una grupal. Sin embargo, a pesar de estas consideraciones, para la Psicología Social, creo útil aún la diferenciación histórica entre instituciones primarias y secundarias de la cultura, porque enfatiza el surgimiento dialéctico de unas y de otras. Además, a las secundarias, también se les llamó "proyectivas", porque entre sus mecanismos psicológicos originales y básicos está el de la proyección, desde los efectos de las instituciones primarias en las secundarias.

Por todo lo anterior, como lo anticipé, me parece una tarea formidable e imposible para un solo autor el hablar, así con mayúsculas, de la CULTURA ACTUAL. Usando todo lo anterior como una disculpa, podría estar tentado a dejar aquí este trabajo declarándome impotente de abarcar el tema, pero precisamente creo que en el psicoanálisis y en la tarea clínica del tratamiento psicoanalítico, se puede ver y seguir la pista de muchas de las instituciones de la cultura, tanto primarias como secundarias, siéndonos útil para esta tarea los conceptos de identificación e identidad del yo. Nuestro encuadre teórico psicoanalítico, ya sea en tratamientos clásicos o en otras variantes terapéuticas, nos permite contemplar desde un ángulo excepcional los destinos de las instituciones culturales transformadas en identificaciones con los objetos de la infancia que las vehiculizaron. También el estudio de las crisis patológicas de identidad o en las nuevas síntesis del yo durante los tratamientos, tenemos la oportunidad de contemplar los conflictos de la sociedad actual, tal como sucede en los cambios tan dramáticos como los que están pasando. Es verdad que este dramatismo existe en todo el mundo, quizá como las señales convulsas de una nueva civilización en gestación, pero es evidente que en nuestra América Latina, que pertenece social, económica, cultural y psicológicamente al Tercer Mundo en desarrollo, los perfiles dramáticos nos llegan hondo. Los psicoanalistas pertenecemos a una élite de una profesión de servicio y no siempre estamos en lo más caliente de los conflictos sociales, siendo más bien arrastrados por ellos. Sólo cuando nos salimos de nuestras celdas privadas a las instituciones sociales y políticas, es cuando más participamos en los cambios sociales. Después hablaré sobre la idea de las identificaciones desclasantes que se pueden adquirir durante el entrenamiento psicoanalítico. Sin renunciar entonces al intento de desarrollar el tema en este trabajo, pasaré a hacer algunas consideraciones al mismo, recurriendo a un historial clínico y a algunas viñetas.

Historial Clínico

Una reacción disociativa aguda durante "La Noche Triste de Tlaltelolco".

N., un adolescente de 18 años, prácticamente me fue traído por sus amigos de la Universidad, los que me hablaron antes a mi casa diciéndome que tenían un compañero que requería de los servicios de un psiquiatra porque estaba distante, extraño, sin comer apenas desde varios días atrás, cuando había sucedido la terrible masacre genocida conocida tristemente como "La Noche de Tlaltelolco". Cuando los amigos me pidieron que entrevistara a N., me imaginé que podría tratarse de alguien que hubiera estado allí, tal como confirmé momentos después. Todo México estaba conmocionado por los acontecimientos y el mundo universitario, al que pertenecía, lo estaba aún más. N. estudiaba el primer año de una carrera técnica habiendo sido un alumno brillante hasta los 16 años, cuando cursaba el penúltimo año de la escuela preparatoria. Después describiré algunos detalles de lo que pude reconstruir durante el breve tratamiento de su cuadro agudo. Se trataba de una reacción disociativa aguda que se inició en la misma plaza de las Tres Culturas durante los hechos sangrientos. Acepté de inmediato por teléfono que lo llevaran a mi casa esa misma tarde. Poco después llegó un pequeño grupo de estudiantes destacando N., por su aspecto.

Me encontré con un joven moreno, de rasgos indígenas, delgado, desaliñado, de estatura regular, con el brazo izquierdo en cabestrillo, de faz demacrada, mirada un tanto perdida y huidiza, que contestaba muy parca y lentamente a mis preguntas. Su aplanamiento afectivo era prácticamente total, a duras penas le extraje unos cuantos datos de lo que había pasado en Tlaltelolco. Pronto empezó a intercalar una frase estereotipada de "no puede ser... no puede ser". En estos momentos cuando la decía parecía perplejo, como quien no puede entender algo que tiene fijo en su pensamiento. Pero casi inmediatamente volvía a su aplanamiento afectivo, relatando lenta, pesada y brevemente, sucesos espeluznantes con el mismo tono de extrañeza y lejanía.

Sus amigos intervinieron con cierta libertad en esa primera entrevista. De las respuestas de N. y la información de su grupo pude reconstruir algo de lo que le pasó esa noche. Uno de sus amigos había estado con él hasta el principio de la masacre, cuando escaparon y se separaron en la oscuridad bajo el fuego cruzado de quienes los cazaban. Al comenzar el tiroteo, sobre la masa compacta de estudiantes que estaban en el mitin, echó a correr buscando el abrigo de los edificios que circundan la plaza

de las Tres Culturas. En la oscuridad y corriendo presa de terror y confusión, un soldado lo detuvo alcanzándolo con la bayoneta en el costado izquierdo, causándole una herida no penetrante de tórax con lesión del músculo gran dorsal. Ya había sido curado, pero el dolor de la herida y de los golpes, que le despertaban un rictus fugaz, le obligaba a traer el brazo en cabestrillo. En esa primera entrevista recordó sólo fragmentariamente lo que pasó pero cuando su bloqueo se rompió, pude reconstruir con él los sucesos de esa noche de pesadilla. Al golpe de la bayoneta cayó al suelo siendo pateado por los soldados, semi-inconsciente fue arrastrado con otros heridos y muertos junto a un muro y unas escaleras. El tiroteo estaba en todo su apogeo y pronto sintió que le echaban varios cuerpos encima, de los que manaba sangre en abundancia que le goteaba en la cara y el cuerpo confundándose con la suya. Se desmayaba a ratos y a poco recuperaba el conocimiento, que tenía cada vez más el carácter de extrañeza y lejanía. Oía disparos, insultos, voces de mando, las orugas de los tanques y las sirenas de la policía y de las ambulancias. Cayó así en un sopor disociado y permaneció inmóvil y callado. Después de algunas horas, con la escena más en calma, en un esfuerzo sobrehumano para conservar la vida, pudo incorporarse empujando los muertos que estaban sobre él. Caminó pegado a un muro y sobornando con su reloj a uno de los centinelas del cordón militar que se compadeció de él, logró huir. Nunca pudo recordar cómo llegó a su casa, donde fué curado de inmediato de su herida, más aparatosa que grave. Estuvo todos los días anteriores a la consulta casi catatónico, en un mutismo absoluto del que salía diciendo "no puede ser... NO PUEDE SER..." Terminé esa entrevista citándolo en mi consultorio para el día siguiente después de mi trabajo regular, para una sesión tan prolongada como fuera necesario y prescribí para esa noche un fuerte hipnótico. Los elementos traumáticos del cuadro que presentaba ya empezaban a organizarse, dándome la impresión de que la intensa vigilia aumentaría la disociación tanto afectiva como con la realidad.

Al día siguiente tuvimos la primera sesión. Ya a solas en mi consultorio, con el mismo patrón de respuestas breves y distantes a mis preguntas incisivas, opté por permanecer a la expectativa en silenciosa observación. Él se sumió, entonces, en un mutismo casi absoluto, con indiferencia total y faz inexpresiva, que sólo era interrumpido por su frase monologal de "no puede ser... no puede ser...". Habiendo pasado un largo rato, decidí romper activamente esta situación y con tono duro y autoritario le dije algo así: "Ya estoy harto de que no cooperes, no te entiendo eso de que "no puede ser", bien sabías cuando fuiste al mitin que podría surgir la represión violenta..."

Después de una breve pausa, como para tomar vuelo, con la cara

descompuesta, estallaron en el consultorio dramáticamente todos sus afectos disociados. Con una andanada de insultos hacia mí se cubrió ampliamente su comunicación:

Usted no sabe todo lo que sufrimos... , ver a los amigos caer... Las ráfagas de los tanques contra todos nosotros sin armas... con las trazadoras sobre nuestras cabezas iluminando la Plaza... cuando se viene desde tan lejos y se tiene hambre de todo... de comida, de prestigio, de cultura, de información... se quiere gritar y que se haga justicia... si no somos todos iguales si debemos tener todos los mismas oportunidades, pero los que explotan no quieren soltar a su presa... usted debe ser uno de ellos teniendo este consultorio de rico, aunque sé que es maestro de la Universidad... no sé para qué estoy aquí... ni en ningún lado... no sé si quiero vivir..."

Me veo una y otra vez lleno de sangre de mi gente... usted no sabe qué es eso... la sangre de ellos debería caer sobre los que nos mataron... no sé para qué estoy aquí... en ratos no sé ni quién soy y ni si estoy vivo... cuando estaba con los muertos encima perdía poco a poco la sensación de mi cuerpo, pero oía como muy lejano el desmadre cerca de mí... volvía en mí y tenía mucho miedo y mucha rabia... pero usted no entiende esto...

Yo estaba atemorizado y tocado profundamente por su relato. El clima de la ciudad después de la masacre era muy complejo, pero en el ambiente universitario campeaba la justa indignación. La primitiva y asesina filosofía dictatorial del escarmiento había anulado la posibilidad de la sagacidad política y aun la del comando militar selectivo. Me sentía transportado por su relato traumático al sitio mismo de la tragedia. Casi sin interrumpirle, dejé por más de una hora que fluyera su cólera, su llanto, su miedo, el recuerdo de sus amigos, de los que con su silencio no había querido saber. Se había refugiado en la disociación en un precario equilibrio psíquico. Caminaba, se me acercaba suplicante o amenazante, oscilaba de perseguido en atacante, me acusaba de diversas cosas o se sentaba en el sillón frente a mí abatido entre sollozos como un niño pequeño. A veces lo interrumpía brevemente con alguna pregunta para situarlo más en el contexto catártico o le insinuaba algún elemento de la realidad cuando lo notaba en el fondo de la angustia. Cuando ya estaba confiado y apoyado en mí, sentí que descansé, que él y yo ya veíamos la luz del otro extremo del tunel de su psicosis aguda. Aun cuando en su relato se filtraban elementos tan fantásticos que me parecían un delirio, al referirse a las atrocidades de la policía y de la tropa, por otros

nuevos elementos de su contexto me fue indudable que no deliraba, sino que había participado del lado del indefenso en una psicosis colectiva de odio, persecución y violencia. Después de poco más de tres horas de esa primera sesión, continué viéndolo a diario por unas cuantas semanas y pude contemplar los sentimientos y el material asociativo de la difusión traumática de la identidad del **yo**, de la despersonalización y de la desrealización. Pero pude también acompañarlo en una rapidísima integración de la identidad y del sentido de la realidad.

Conforme pasaban las horas y las sesiones, las proyecciones persecutorias disminuían rápidamente y yo operaba cada vez más como el auxiliar de su función sintética. En esos momentos comenzó a emerger material asociativo histórico, que al serle relacionado con el presente, era rápidamente integrado, mejorando a pasos agigantados su ajuste a la realidad. Las funciones intelectuales al servicio del **yo**, que reintegraban la identidad en una nueva síntesis, chupaban ávidamente las interpretaciones genéticas que relacionaban su pasado infantil, con su ajuste previo a los sucesos de julio a octubre de 1968

N. confirmaba esta reintegración del **yo** con nuevos recuerdos, o con rectificaciones precisas a mis interpretaciones. Sentía que me llevaba de la mano en esta veloz reconstrucción histórica de su vida. Después de ciertos momentos muy integradores, se quedaba en silencio pensativo, o lloraba "como un hombre" por todo el pasado, incluido su trauma, que lo estaba transformando a tan alto precio. Durante los momentos reflexivos, podía juzgar acerca de la realidad política con más objetividad.

Nunca tomé notas durante las sesiones, reconstruía después algunas asociaciones y reflexiones acerca de sus funciones mentales y del progreso mismo de la terapia. Cuando N. decidió suspender su tratamiento a las pocas semanas, me percaté que nunca había sabido su apellido, ni su domicilio, ni su grupo de amigos me volvió a visitar. En ocasiones uno o dos de ellos lo acompañaban y lo cuidaban hasta mi consultorio, pues al principio, por y a pesar de su intensa catarsis, salía aún confuso o distante. Creo que todo esto fue como un mutuo acuerdo silencioso de anonimato como protección, dadas las circunstancias de persecución en las que comenzó el tratamiento, ya que la alegría de los Juegos Olímpicos enmascaraba maniacamente que una gran parte de México estaba en profundo duelo.

Se ha dicho con razón que el México después de Tlaltelolco es otro México. No suceden en vano los duelos de los individuos y de los grupos humanos, pues en este proceso económico libidinal y agresivo, las catexias de objeto y las del **self** sufren cambios importantes. La síntesis experiencial de uno mismo, como teniendo

continuidad y similitud se interrumpe, porque el tiempo real y los sucesos externos se han quebrado, todo trata de acomodarse como los estratos geológicos después de un terremoto. En el transcurso de pocas sesiones, podía seguir el hilo de la transformación de su odio y su terror. Después de un estallido intenso de odio, aparecía la necesidad de retener dentro de sí un “rencor recordatorio” –valga como significado la expresión de la redundancia–, para que en la venganza su vida tuviera un nuevo sentido al desear, en la fantasía, la inversión de la injusticia. Las fantasías de venganza y sus afectos eran puestos así al servicio de la integración emergente del yo. En estos despliegues de violencia y sadismo de unos individuos sobre otros, tan frecuentes y numerosos en la historia humana, seguramente se crean y alimentan identificaciones vengativas que no siempre se pueden elaborar. Quizá esas identificaciones estarían entre las principales de la lista de nuestro tema. Las identificaciones vengativas son creadas en diversas circunstancias, pero siempre requieren de una cantidad importante de catexias para mantenerse operantes, limitando así la creatividad del individuo. En otras circunstancias, las identificaciones vengativas alimentarán vocaciones por profesiones que requieren de la descarga sistemática y regular del sadismo. Las identificaciones con agresores, por su función retaliativa, pueden hacer líderes sociales tiránicos y crueles, con fascinación apenas encubierta por diversas variantes de la filosofía del escarmiento.

A un paciente como N. en sus condiciones, en esos momentos de depresión y confusión, está contraindicado llevarlo a una “situación depresiva”, pues está en ella por fuerza de las circunstancias. Otro enfoque técnico no constructivo que me parece una posición equivocada es el usar la teoría y la técnica analítica como pretexto para criticar una actitud política, pues impediría la nueva identidad que está emergiendo. Aun cuando N. hubiera podido quedarse a un tratamiento analítico clásico, o “más profundo”, yo hubiera optado por algo como lo hice, quizá menos apresurado y un poco más prolongado.

Como todo habitante de la ciudad de México, y aún más como universitario, estaba conmocionado por los sucesos que culminaron con la noche de Tlatelolco. Me era difícil mantener la autonomía necesaria para mi labor con N. y salía de las sesiones con mucho de su propia tormenta. Creía y sigo creyendo que un paciente tiene derecho a su odio y a sentir intensos deseos de venganza y que N., al expresarlos en sus sesiones, podía ir integrando y transformando estos afectos tan intensos, tal como sucedió. La pregunta del destino ulterior de ese rencor aún está vigente, no sólo en N., sino en cualquier joven, de cualquier época y de cualquier latitud bajo las mismas circunstancias. Nosotros,

los analistas, sabemos muy bien la dinámica de la identificación con el agresor. Quizá algunos de esos jóvenes, actuarán después violentamente en política o en la vida cotidiana y no darán cuartel al opositor al que verán como enemigo irreconciliable. En otros, como creo fue el caso de N., los salvan la fuerza y estabilidad de algunas identificaciones con los padres y los amigos de esos momentos difíciles. En N., poco a poco su odio intenso fue dejando paso al rencor, como un afecto más elaborado, de ahí pasó al interés político más de acuerdo con las circunstancias y con sus posibilidades. Su identidad política y su interés por un cambio social más justo adquiriría perfiles menos utópicos para su edad y su momento histórico.

N. era el segundo de los dos hermanos mayores varones de una familia provinciana, le seguían dos hermanas y un hermano pequeño. Nació en una pequeña ciudad semirural y vivió clínicamente integrado hasta los 14 años, edad en que terminó la escuela secundaria en su localidad. Fue un estudiante brillante, adaptado a los valores tradicionales de su hogar sin cuestionar mayormente ni la religión ni la manera de vivir de sus padres. Se inició sexualmente como el muchacho común y corriente de su medio con prostitutas y mujeres del servicio. Su padre era uno de los socios de un comercio estable e importante de la localidad, que se ponía a sí mismo como ejemplo frente a los hijos, hablándoles de su infancia campesina de pobreza y explotación. La bondad del sistema ejidal que le tocó vivir a su padre, le permitió progresar hasta poder instalar en la pequeña ciudad donde formó la familia y un negocio próspero. Sin embargo, lo que relataba su padre de esa época de justicia social, no concordaba con su carácter arbitrario y con el despilfarro que hacía en sus parrandas. N. llevaba así una doble identificación contradictoria con él. Su padre llegó a poner en peligro la estabilidad familiar y del negocio, al tomar fuertes cantidades de dinero como anticipo de utilidades para jugarlo o gastarlo en borracheras y alardes machistas autoritarios. Su madre era una mujer "tradicional dedicada al hogar". Con esta frase resumía las actitudes sumisas y culpígenas de la madre, de la que recibió cada vez más un trato preferencial a su hermano mayor, sus dos hermanas y su hermanito menor; era el líder varón del subgrupo familiar. El hermano mayor era en cambio el favorito de papá, a quien ayudaba de buen grado en los quehaceres del negocio y quien toleraba y encubría las parrandas del padre. Cuando la crisis se hizo menos violenta, relató aspectos de su madre que no había valorado. No era sólo una mujer sumisa y sufrida que exigía respeto tradicional e inapelable a la autoridad del padre, sino que en ausencia de éste, también mostraba una inteligencia poco común para resolver situaciones un tanto com-

plejas de familiares y amigos que se allegaban a solicitar su consejo. La madre en ocasiones mostraba un franco humor provinciano, matizado de anécdotas y proverbios populares atinadamente empleados como los códigos no escritos de una comunidad. N. también, como muchos adolescentes, tenía una identificación contradictoria de la mujer. Su problemática edípica apenas se mostró en su infancia y pubertad como un oposicionismo directo al padre para ayudarlo en las tareas del negocio, prefiriendo estudiar, leer o pasear. Sus dotes intelectuales eran elevadas y las empleaba, en identificación con la madre, para resolver las pequeñas contradicciones que sentía en el hogar. Hasta la escuela secundaria fue un estudiante brillante y un líder de buena conducta en su escuela. Nunca se había interesado por la política, aun cuando leía ávidamente libros de Historia.

Su hermano mayor, al terminar la secundaria, optó por trabajar en el negocio familiar, sustituyendo en ocasiones al padre en la confianza del socio y comenzó a gozar de dinero y libertades que N. no tenía. Fundamentando su petición en sus buenas calificaciones, N. solicitó que se le dejara continuar sus estudios, por lo que tenía que ir a alguna ciudad con Escuela Preparatoria. Se decidió que emigrara a la ciudad de México, a donde fue enviado con una modestísima mensualidad que apenas le permitía vivir, o mal vivir, por abajo de las posibilidades reales de la familia, sometándose así a los dictados de frugalidad y sufrimientos del pasado del padre. Así fue a parar a una modesta casa de huéspedes cercana a la Ciudad Universitaria. N. tenía el color "aindiado" del padre, por lo que siempre le había molestado que le llamaran cariñosamente "Prieto". Tenía el porte y las facciones de su madre y de ella toleraba en secreto y hasta le agradaba este apodo. Su conflictiva edípica era latente y con este equipaje de identificaciones se fue a la gran ciudad, repitiendo así la emigración del padre desde el campo a su pequeña ciudad natal semirural.

Ingresó a una Preparatoria Nacional de la Universidad y después de una difícil adaptación logró pasar de año con promedios apenas regulares. En 1968 cursaba el primer año de una carrera técnica en la que iba apenas cumpliendo con el programa. Había tenido relaciones afectivas y sexuales con varias mujeres de su edad y mayores, "mucho más corridas" que él. Se relacionó fácilmente con amigos y camaradas que le compensaron la lejanía afectiva que tuvo con su hermano. Se encontró en un proceso de transculturación, con un mundo nuevo, fascinante, con valores distintos a los de su provincia. El cine moderno, las fiestas y las parrandas estudiantiles y las discusiones políticas, le permitieron externalizar sus imagos infantiles, agudizándose así la contradicción interna de sus identificaciones parciales no sintetizadas.

Como miles de estudiantes de estructura campesina que emigran a la gran ciudad desde la provincia, N. cambió su interés compulsivo del estudio, por la curiosidad exploratoria de este nuevo mundo urbano que le ofrecía otras posibilidades. En sus vacaciones, cuando regresaba a su pequeña ciudad provinciana, veía a su familia escindida en dos bandos: el fuerte y de "gobierno", con el que estaban su padre y su hermano mayor, y el débil y sometido, formado por su madre, sus dos hermanas y su hermanito pequeño, acentuándose su antiguo liderazgo del subgrupo de "abajo". Se sentía en el papel del emigrado que "contemplaba la injusticia de su hogar" y comenzó a aparecer en él un ideal histórico de cambio social. Cuando volvía a los estudios en la Preparatoria, no sentía ánimos de regresar en las siguientes vacaciones. Juzgaba duramente la conducta de su padre y aunque admiraba secretamente su pasado agrarista, le reprochaba que hubiera abandonado esa postura al volverse comerciante. Con todas estas contradicciones ya en eferescencia, ingresó en el primer año de profesional.

Al iniciarse el mal llamado movimiento estudiantil en julio de 1968, por su inteligencia y facilidad de palabra, se enroló con entusiasmo en las brigadas "que conscientizaban a las masas en mítines relámpagos a la salida de las fábricas y en los mercados populares". El recuerdo de su apodo infantil de el "prieto" le empezó secretamente a agrandar cada vez más. Durante estas breves, pero riesgosas tareas políticas que le encomendaban, sentía con apasionado fervor hablar con sujetos del pueblo, hombres y mujeres, morenos y "aindiados" como él. Desafiaba así a las autoridades de "un gobierno paternalista", en un intento de sintetizar las contradicciones de sus identificaciones. Sus amigas y amigos le habían prestado un marco familiar distinto al de su ingruo infantil. Se desplazó con su labor política a la periferia de su ingruo primario, para universalizar así sus identificaciones mediante la lucha de clases. El color "aindiado" de su padre fue entonces valorado como un razgo distintivo positivo en su nuevo ingruo, pero multiplicado en las caras de los trabajadores y locatarios de los mercados. Con la horizontalidad justiciera del nuevo diálogo, como líder de otros "prietos", intentaba rectificar la verticalidad que sintió injusta en la relación con el padre. La Historia de la Revolución Mexicana, que tantas veces había leído últimamente, se hizo carne en sus tareas de politización popular integrándose así a su identidad. En el crisol de la misma y con el fuego del conflicto que estalló, comenzaron a fundirse sus contradicciones vaciándose en el molde de la radicalización, para intentar así un nuevo nivel de integración. El producto y el molde mismo de ese primer ensayo de su identidad del **yo** se quebraron dramáticamente la Noche de Tlaltelolco. La terapia le ayudó a escoger los

materiales del nuevo molde para otro ensayo de identidad y, hasta donde lo pude seguir, su reconstrucción estaba hecha en sus bases, no sólo por mi intervención sino por la solidez de las identificaciones infantiles, aunque éstas fueran contradictorias en sus orígenes.

Aquí cabría una generalización. Como una extensión analógica del concepto de **acting-out**, podemos pensar que los momentos agudos y violentos de los conflictos sociales se prestan como una pantalla facilitadora para la proyección de los núcleos más disociados de un individuo. Pero también en esos mismos momentos agudos se descubren, en ocasiones, los únicos caminos en los que pueden expresarse algunas identificaciones parciales, que se aglutinarán y cementarán con otras identificaciones potenciales menos conflictivas, que organizan y comandan catexias menos primitivas, más neutralizadas y sublimadas. Si por su identificación agrarista con el padre estuvo en el mítin de Tlatelolco, por la identificación con la inteligencia de la madre resolvió, mediante la disociación defensiva en el cuadro agudo, el problema de su supervivencia. No me cabe duda que su alta capacidad intelectual fue un factor determinante, en su cuadro agudo, que lo defendió de morir. En su terapia siempre pugnó porque se aglutinaran estos dos núcleos parentales con la idea de ser un “mejor agrarista”. Quizá sería interesante reflexionar un poco más –lo que trataré de hacer después– sobre la disociación potencial conservadora-liberal que existe tan marcada en nuestra cultura. Nosotros los analistas, por más analizados que estemos, podemos juzgar una determinada conducta social que nos angustie como de conservadora o de liberal, si pasa el límite de lo que toleramos por nuestra propia doble posición. El juicio de valor que podemos esconder dentro del paquete de una preciosa interpretación, en ocasiones lleva la inconsciente función de calmar nuestra angustia contratransferencial descarnada y estimulada por las asociaciones emotivas de un paciente. Podemos juzgar entonces como “patológica”, una conducta “liberal” que nos angustia y como “saludable” una conducta conservadora que nos protege, o viceversa.

Por esto preferiría que se usara cada vez más para los llamados “núcleos psicóticos”, un concepto menos valorativo como es el de “núcleos primitivos” puesto que esta nueva denominación, hace énfasis en el factor tiempo en el que se formaron, y no en el destino ulterior de los mismos en el desarrollo psicosexual y en toda la vida. Para mí, las psicosis clínicas necesariamente requieren de la persistencia y preeminencia de éstos núcleos primitivos, pero no son sólo la expresión de ellos, pues también nos da la pista de las presiones psicotizantes del ambiente familiar y social en interacción dialéctica con el individuo que se derrumba en un cuadro

psicótico. Cuando con un preconceito teórico se pretende llevar a un paciente, sobre todo a un adolescente, a su más profunda situación depresiva para la verdadera reparación, quizá el analista está usando una antigua y disociada fantasía mesiánica, que pretende que desde esa situación depresiva básica el ser humano estará exento de potenciales brotes psicóticos. Yo creo que es cuestión de grado y de "timming", en la interpretación. Por fortuna esto pasa cada vez menos, pero si se hace sin discriminación clínica, es posible que sólo se origine un deprimido más, aplastado por el peso de su "instinto de muerte", como una nueva versión del pecado original cristiano. Prefiero pensar que la actitud de respeto no valorativo de las conductas sociales de un paciente, sobre todo en momentos de máxima tensión y aun de peligrosidad, ayuda más que la explicitación de una toma de actitud valorativa. Si el analista se ve forzado a expresarla porque llegue a su límite de tolerancia de opinión con un paciente, la aclaración breve y definida de una toma de partido es más honesta, pues la honestidad consigo mismo y con el paciente crea el respeto necesario, que sustituye de momento a la regla de abstinencia de información, conservándose así la autonomía de ambos y permitiéndose la continuidad de la alianza terapéutica. Todo esto me ha alejado del último fragmento del historial de N. al que tengo que volver.

Apenas destapada su afectividad en la primera sesión, N. me descubrió el sentido y la función de su monótono "no puede ser. . . no puede ser. . ." Me gritó:

no puede ser que soldados tan prietos e indios como yo y como muchos de los estudiantes y campesinos del mitin, nos hubieran masacrado, humillado y cazado con las ametralladoras como lo hicieron. . . no puede ser que las mismas caras de los que conscientizábamos estaban matándonos. Se habían rebajado tanto, al ser servidores de otros, que nos mataban sin piedad. . .

Lleno de afecto empezó a llorar y recordar que fue también un soldado, de rostro indígena, el que se había dejado sobornar con el reloj y apiadándose de él, al verlo tinto en sangre, lo dejó escapar del cerco militar. Precisamente un factor de máxima contradicción le había servido como salvavidas y anclaje a la realidad durante la tormenta que siguió a su huida de la Plaza de las Tres Culturas. El estado de perplejidad, que era el único que se filtraba de la disociación afectiva, se sustituyó por la cólera y después por el llanto. En la confusión de su "no puede ser. . ." se anclaba precariamente a la realidad que intentaba descifrar. Nunca hasta entonces había sentido sobre sí la potencialidad de la muerte. Hasta donde expresó en sus recuerdos, nunca fue maltratado y

humillado violenta y físicamente, por lo tanto en su actividad política no midió la realidad del peligro ni la trampa mortal que fue el mitin trágico. Él creyó que iba a jugar un juego limpio, donde la violencia y la saña extremas no tendrían lugar, pero la Noche Trágica le mostró su engaño adolescente, y su fe en sí mismo y en los demás se le quebró.

Entre los muchos recuerdos durante sus sesiones, donde reconstruíamos rápida y tormentosamente lo acaecido en Tlaltelolco, recordó, con ira y temor intensos, las órdenes de mando a la tropa y a la policía de patear y pegar con las culatas de las armas en los genitales de los muchachos, en el bajo vientre y en los pechos a las mujeres. Los superiores azuzaban y enardecían así a la tropa o cumplían las órdenes explícitas más superiores de ejecutar un escarmiento castrante del "enemigo", o lo llevaban a cabo por el clima mismo implícito que circulaba de "dar un castigo ejemplar" a los que protestaban. Esto ya demostraba la incapacidad de las altas autoridades de una política humanista para manejar la crisis. La filosofía del escarmiento surgió así como una dramática consecuencia. Aún hoy día, que he ampliado este ensayo para esclarecer puntos que presenté otrora como ponencia oficial de un congreso, no creo que se haya hecho un análisis amplio, multilateral y multidisciplinario de los sucesos de 1968. La conjunción e interacción de factores nacionales e internacionales, económicos, políticos, sociales, psicológicos, y culturales tan complejos, debieran ser reunidos e integrados para comprender no sólo la crisis brutal del 2 de Octubre, sino toda la situación nacional anterior. Los detalles aún afloran de vez en cuando como los componentes de un secreto a voces culpable y cómplice de toda una compleja situación, pero engendrador de nuevas escisiones de la identidad nacional, sobre todo en lo que respecta a los conflictos de clase y cultura.

Las más buenas y sinceras intenciones del gobernante ejecutivo en turno, con todo el peso para bien y para mal del presidencialismo mexicano, pueden fracasar o limitarse mucho en su capacidad para favorecer el cambio social ascendente, pues la crisis de fe y confianza en el otro está muy dañada por todas las consecuencias psicosociales aún enmascaradas de aquella situación. Tal como sucede con los traumas psicológicos infantiles, el yo trata de minimizar y olvidar los hechos y sus causas, esto es, de reprimirlos al inconsciente para así medio sobrevivir intentando rescatar la dignidad humana, en vez de tomar una posición adulta y tratar de digerirlos, de elaborarlos, pese al esfuerzo de la realidad de su encuentro para estructurar con mucha mayor dosis de verdad y confianza una nueva manera de vivir, que supere a la anterior situación traumática. Yo creo que la situación nacional compleja, que culminó con la Noche Triste de Tlaltelolco, ha dejado secuelas, que

no por desconocidas o insuficientemente integradas, sean menos operantes en el presente nacional.

Volviendo a nuestro tema, estoy seguro que N. salió menos romántico de esta crisis, suspendió su tratamiento en un cierto estado de ánimo depresivo y cauto, más seguro de lo que quería hacer de su vida. Si entró al movimiento estudiantil como un adolescente, se despidió de mí con gratitud, en mi consultorio, como un hombre joven. Con la necesaria cautela, pues estaba todavía fresca en su costado la cicatriz de la herida, vigilaba la existencia de "bayonetas" de todas clases ocultas tras los mismos rostros "aindiados". El "ser" había empezado a sustituir al "ser prieto". Las identificaciones más sólidas y estables de su ingruppo estudiantil, se integraron cada vez más establemente en un nuevo sentido de la identidad del **yo**, donde coexistían en armonía el núcleo agrarista del padre y la inteligencia y sapiencia de la madre. Si me queda la duda del destino de las identificaciones vengativas que se reforzaron en miles de jóvenes que estuvieran en el movimiento estudiantil y en los diversos momentos de violencia, en N. no me quedó la duda de que se reforzó un sentido de justicia desde un liberalismo más posible. El ser un hombre íntegro consigo mismo y con sus valores, empezaba a ser la esencia de su identidad. Respecto a otros afectos y actitudes, como la precaución sospechosa, no puedo decir más, pues situándome en donde quería dejarme, se despidió de mí no diciéndome doctor, como me había estado diciendo antes durante el tratamiento, sino maestro, ubicándome así en nuestro común ámbito universitario. Se fue a descansar a su lugar de origen y pensaba regresar a su facultad al reabrirse la Universidad. Sospecho que echado a andar el nuevo proceso de su identidad, para alimentarla iba al reencuentro material y concreto de sus orígenes. Quizá en el nicho más cálido y seguro de su hogar, con los procesos internos madurativos ya en marcha, encontraría el molde más operante para su identidad en lo más general como en lo político. La calma de su pequeña población natal le podría servir de moratorio después de la tormenta.

Comentarios del Historial Clínico

Saltan a la vista algunas generalizaciones alrededor de este caso. En primer lugar, en nuestra cultura y sobre todo en las áreas de encuentro de las sociedades ricas y de las sociedades pobres, la violencia por ambos bandos se extrema. La persistencia y la fuerza de los bandos es cada vez mayor, porque el hambre y el sentimiento de injusticia crecen por un lado, mientras por el otro se radicaliza el de la propiedad privada o aun el de la "libre empresa". Por lo tanto, las

identificaciones con agresores reales y sus vicisitudes, deben estar entre las primeras de la lista de nuestro tema. Si contemplamos a jóvenes como N., a través de análisis, terapias dinámicas, en nuestras relaciones sociales, como profesores o como simples padres de familia, encontramos un hecho innegable, que los impulsos instintivos agresivos y sexuales son hoy día mucho más abiertos y se expresan más fácilmente dando una nueva modalidad a los conflictos sociales. Cabría preguntarnos si esto es sólo un vaivén pasajero del movimiento pendular adaptivo desde el extremo de la cultura más reprimida "victoriana" de principios de siglo, se trata ya de un tipo de desrepresión particular, que está conformando un nuevo estilo de vida al provocar nuevos ajustes en las identificaciones, para que se puedan tolerar montantes tan altos de expresiones instintivas primitivas. No olvidemos que el modelo básico de la formación de síntomas, que considera a éstos como productos transaccionales de la desrepresión de elementos inconscientes de un complejo, puede seguir aún vigente si alteramos algo el sentido estricto del término desrepresión. Hoy en día, se puede desear que muchas conductas sociales que nos "amenazan", cayeran bajo una nueva modalidad de organización, tanto externa como interna, donde imperen defensas psicológicas más plásticas, que no desemboquen en represiones psicológicas y externas extremas, que sólo pueden retardar un nuevo estallido individual y social. En este ensayo sin embargo, debo abandonar esta línea, pues me llevaría lejos, a la discusión de algunas ideas de la Filosofía Social y de la Politología.

Si podemos considerar a las identificaciones como los "centros de mando" de actitudes y conductas, necesariamente contienen éstas los umbrales de descarga, o sea, a aquellas estructuras que regulan el flujo instintivo. N., había contemplado la violencia como todo niño de nuestra cultura rural, por lo menos en México, pero nunca le había tocado sufrirla en forma directa, de allí que su vivencia traumática, de la sangre y la muerte, le dejó seguramente una huella trascendente. Cabría también preguntarse acerca de la influencia de esta observación participante infantil, para sus móviles políticos adolescentes. La explicación de que se expuso a la violencia buscando inconscientemente la castración de su conflictiva edípica interna e infantil, que se había recrudecido en su adolescencia por el proceso de transculturación, sería una explicación válida, pero parcial y sintética. En lo que entendimos por su conflictiva edípica, estaban por supuesto las identificaciones con ambos padres, las que surgieron, unas desintegrantes, otras protectoras y reparadoras, pero también estaban las características de su cultura rural que entraron en conflicto con las de la cultura urbana llevó a cabo su emigración interna desde su provincia a la Gran Ciudad. Sus núcleos de identificación "liberales" y "conservadores" eran evidentes. Su hermano

mayor siguió pautas conservadoras, mientras que él, con los estímulos y las presiones adaptativas de la gran ciudad, por su inclusión en una clase popular, revivió viejos ideales liberales de la lucha de clases de su padre, dando un paso atrás generacional en la historia para dar su primer paso adelante en su búsqueda de identidad, lo que contribuyó a su ingreso al movimiento estudiantil. Los psicoanalistas que trabajamos con adolescentes, sabemos cuán difícil es aceptar la necesidad de este salto atrás para el proceso y desarrollo hacia adelante de la identidad, N., deseaba “renovar” la ciudad con valores agraristas que una vez preconizó su padre como efectivos, pero con más fervor que aquél. Si esto le llevó al enfrentamiento traumático con la saña filicida y fraticida, le permitió a su vez, o le forzó dialécticamente, a la búsqueda de una nueva tentativa de identidad del yo.

Cuando se emigra, entendiendo el término en lo estricto y en lo figurado y amplio, para por ejemplo el entrenamiento analítico desde un lugar pequeño a uno mayor, desde una clase a otra, desde un país a otro, se despiertan no sólo las contradicciones internas propias del proceso terapéutico, sino que también surge la contradicción, muchas veces creativa, otras veces desintegrante, con los valores de la nueva comunidad en cuestión, implicando por supuesto la pertenencia de clase. Los psicoanalistas somos una élite de una profesión de servicio, lo que significa nuestra inclusión parcial y conflictiva en un estrato socio-económico poderoso. La creciente tendencia de los psicoanalistas a tratar de estudiar los fenómenos y los conflictos sociales, me parece no sólo reparativa de una actitud aislacionista anterior, sino inteligente, al ir a una de las fuentes de los conflictos humanos, la sociedad misma. Al “emigrar” se aleja uno del núcleo de su ingruppo que es vivenciado como “conservador” por lo integrativo, aunque esto sea momentáneo o fugaz. Mediante la “rebeldía y el liberalismo” que lleva al individuo hacia los exgrupos vecinos, se ubica primero en la periferia de su propio ingruppo, corre así el peligro de convertirse en “chivo expiatorio” o de ser considerado como traidor, es entonces, cuando se ponen a prueba las identificaciones contenidas en su identidad. Si ésta aún no es estable ni plástica, que no quiere decir convenenciera, surgen automáticamente identificaciones emergentes para el proceso adaptativo de la ‘emigración’, o para enmascarar el desclasamiento que ésta pueda traer aparejado. Sería interesante el estudio psicológico de las sociedades e institutos psicoanalíticos para despistar este fenómeno de desclasamiento, con la cohorte de culpa, poses y valores inestables, que dan un clima propicio para la creación de identificaciones profesionales que mantienen este mismo desclasamiento, tal como sucede con el cambio de función que se observa en los rasgos de carácter.

La función original o primaria de un síntoma, de un rasgo de carácter, de una conducta y una actitud social, es la de aliviar la angustia por los componentes inconscientes del conflicto mental, por las presiones del ambiente puede cambiarse a una nueva función adaptativa y no solo servir para el control de la angustia. Aunque esta nueva función es secundaria o superficial en la estratificación motivacional de la conducta, se puede poner en primera fila en el armamentario adaptativo del yo por su alta eficacia para manejar las tensiones de las relaciones interpersonales y de los grupos sociales. Hay que tener cuidado de no confundir el concepto psicoanalítico de adaptación, con el uso popular de adaptarse equivalente a someterse al ambiente. El concepto psicoanalítico de adaptación incluye una tarea activa, aunque no siempre consciente, del yo del sujeto que está inmerso en una situación dada. La tendencia a la estratificación dentro de un grupo, puede verse perturbada por una excesiva flexibilidad con sometimiento, humillación y servilismo de los subordinados a los jefes. Por supuesto, esta situación también se da en instituciones de cultura, en que científicos y profesionistas pueden someterse a consignas que se ven obligados para mantener un status y una categoría determinada.

La fascinación por los bienes de la sociedad de consumo es tremenda, pues puede llevar, en la mezcla de ilusión y realidad, a la compensación de viejas carencias. La ambición es un motor poderoso cuyos orígenes infantiles los podemos trazar clínicamente los psicoanalistas, pero no creo que de una manera sistemática hayamos incorporado nuestros conocimientos de lo individual al estudio de la interacción de la ambición social. Pero todo esto es la mecánica de la transculturación, de la interpenetración cultural de lo psicológico incluido en la lucha de clases, siendo un filón que apenas si se ha tocado por los psicoanalistas. Se les ha dejado a los psicólogos conductistas y a los experimentalistas esta área cuando la teoría analítica, con sus paradigmas fundamentales, tiene mucho más que ofrecer como herramienta teórica para el estudio del cambio social. Mis seminarios de la Universidad: "Personalidad y Cambio Social", "Patología Social desde el punto de vista Psicoanalítico" y "Psicoanálisis y Sociedad", me han entusiasmado acerca de ésta posibilidad teórica, y cuyos resultados trabajaré en otra oportunidad.

Identificación, Cultura y Subcultura.

Quizá valga la pena que exprese algunas ideas acerca de la subcultura "hippi" que me ayuden a definir y a esclarecer algunas otras identificaciones de nuestra compleja y extensa cultura actual occidental, pero antes haré algunas reflexiones generales. Nuestra cultura dista mucho de ser uniforme y parte de rasgos distintivos de países y regiones, más patentes sobre todo en las manifestaciones del folklore, los sociólogos, antropólogos y psicólogos sociales distinguen hoy en día subculturas claramente inmersas en la cultura más general. Esto quiere decir, que estas subculturas tienen instituciones primarias y secundarias parecidas o idénticas a la cultura original, pero otras instituciones, en cambio, se han modificado transitoria o permanentemente, lo que las hace algo distintas. La ventaja de enfocar algunos rasgos de estas subculturas, es que nos muestran de manera exagerada algunos elementos menos contrastados, o más enmascarados, de la cultura amplia. Por este contraste es útil actualmente este tipo de estudio comparativo, como antes lo fue la investigación de campo de las culturas llamadas primitivas o la de grupos étnicos aislados. Hoy en día el estudio psicoanalítico de estos últimos, nos podrían permitir hacer ciertas generalizaciones sobre problemas del desarrollo psicosexual y las relaciones tempranas de objeto, como sería por ejemplo el estudio de la institución cultural primaria de la lactancia y la maternidad en grupos indígenas minoritarios y aislados y sus consecuencias en la identidad. En cambio, el estudio de las subculturas, nos permite enfocar en vivo el proceso mismo del cambio social. La expresión exagerada, no equilibrada o compensada, de algunos rasgos de conducta y la extinción, nacimiento y mutación de las instituciones culturales en el sentido que han sido definidas al principio, nos pueden dar algunos elementos de la relación entre las identificaciones existentes en la subcultura y los factores que los originaron en la cultura amplia, que se abandonó en una especie de "emigración" del subgrupo hacia la subcultura.

A manera de ejemplo y como una reflexión tendiente a enfatizar lo complementario de la interpretación psicosocial con las interpretaciones económicas, sería el cambio de la institución del noviazgo, sobre todo en los poblados rurales indígenas o con un elevado índice de mestizaje. Las novias que antes eran "pedidas", con elevado sufrimiento en la economía familiar por los complicados rituales de regalos y dotes, son ahora "robadas" con su colaboración y aun con la complicidad de familiares. La fiesta mucho más modesta del "perdon", ahorra gastos a las familias que antes quedaban en bancarro-

ta, aun a costa de no obtener el prestigio social de la gran boda antes habitual. La joven robada, pero después casada y perdonada, no pierde su prestigio ni en su familia ni en su sociedad, si el “perdón” se realiza, pero el detener o parcializar este nuevo proceso o cambio institucional en alguno de sus puntos, debe traerle consecuencias en su imagen con su pareja con su familia y aun con su comunidad. Este podría ser un ejemplo de la alteración de pautas sociales por factores primarios económicos, pero donde se mantiene incólume el significado básico de la institución cultural que se modificó adaptativamente, que en este ejemplo, es mantener el honor y prestigio virginal de la mujer ante el grupo social extenso.

Veamos algo de la subcultura hippy. Algunos de sus rasgos distintivos, es el cambio de los patrones sexuales y económicos, entre muchos otros. Entre sus miembros no existe lo que los psicoanalistas tendemos a integrar bajo el concepto de genitalidad, que en esencia contiene la entrega erótica mutua de dos personas de sexo opuesto de manera complementaria y no simbiótica, la que se expande a toda la vida en común y no sólo a la relación sexual, entendemos, por lo tanto, a la genitalidad como la expresión de un alto nivel de maduración psicosexual de la pareja. En la playa de Cipolite, en Puerto Angel, sobre el Pacífico, varias veces al año, en diversas ocasiones y con diversos motivos, se reúnen gran número de hippis mexicanos y extranjeros de varios continentes que acuden con el imán del renombre mundial del lugar en ésta subcultura. Hombres y mujeres adolescentes y jóvenes, desnudos, con la vista fija y de cara al sol poniente, en la postura yoga del loto, intoxicados con marihuana y peyote, “cruzados” con alcohol, buscan regresiva y mágicamente, en una experiencia mística climática en el ocaso del sol entre las grandes olas del mar, la fusión propia con núcleos de identificación o identificaciones parciales, muy primitivos y tempranos del desarrollo infantil, que contienen también los elementos básicos para una tendencia integrativa, que por supuesto, por las diversas condiciones mismas de la experiencia, rara vez se logra. Sus relaciones sexuales son escasas y de nivel pregenital, en ocasiones no mereciendo, sin embargo, el prejuicio de desenfundados que en ocasiones promiscuas y con manifestaciones abiertas de homosexualidad, no mereciendo, sin embargo, el prejuicio de desenfundados que en ocasiones se les da. Más que un voyeurismo-exhibicionismo pregenital preedípico de su desnudez, se despojan de sus ropas en un retorno mágico simple hacia la madre tierra y hacia el mar. El fenómeno mixto de regresión-progresión, esta última como una directriz potencial en el proceso mismo aun cuando no se logre como resultado final, es característico de estas crisis de identidad “patológicas” en esta subcultura hippy.

La ternura entre ellos es de tipo infantil, existen la lealtad y la gratitud, pero estos afectos no son aglutinantes poderosos del grupo, teniendo las características laxas de las relaciones donde priman identificaciones esquizoides. Durante el clímax de la puesta del sol, en raptos místicos, algunos se tiran al mar embravecido y por la intoxicación u otros motivos, desaparecen sin que se percaten o los ayuden los demás del grupo. Los "suicidios accidentales" parecen ser frecuentes. La coherencia protectora del grupo está dispersa, tal como su identidad, apenas aglutinando las múltiples identificaciones parciales contradictorias y primitivas, al lado de otros núcleos bien consolidados que permiten conductas adaptativas más realistas. Los hippis extranjeros, llegan en ocasiones en pequeñas camionetas sólo para vivir en este primitivismo psicológico y ecológico, que seguramente para muchos de estos turistas especiales, los libera de las cargas de la sociedad de consumo urbana de donde provienen. Pequeñas familias de jóvenes con uno o dos niños entran a un ritual comunitario por un par de semanas, quizá fortaleciendo así la comunicación entre los estratos jóvenes del mundo. Sería interesante investigar en los lugares de origen de estos turistas semihippis temporales, si sus prejuicios de clase económica y de subgrupo racial y cultural se reinstalan pronto al regreso a sus ciudades, o persisten aquellos abatimientos de las barreras del ingruppo que se manifiestan en la experiencia de Cipolite. En la Riviera europea y en otros lugares famosos del jet-set, se dan también estas situaciones de abatimientos de barreras psicológicas, pero no de las fronteras de clase económica y de raza tan marcados como en lugares como Cipolite, donde quizá por el primitivismo ecológico, con una simplificación de los patrones de consumo, marquen un rumbo distinto a los experimentos de la sociedad por encontrar nuevos ajustes.

No creo que pueda dar una descripción exhaustiva ni de esta subcultura hippy ni de la del jet-set. Sin embargo, en la subcultura hippy son notables dos componentes psicodinámicos: la existencia de núcleos tempranos autistas y simbióticos y la emigración a la subcultura hippy, por una dispersión de una inestable identidad del yo o por la incapacidad de haber alcanzado un mayor nivel de desarrollo psicosexual. Sabemos de púberes y adolescentes que se van de hippis, en cuya historia existe un pasado en abundancia de bienes materiales pero con una gran carencia afectiva, sobre todo por parte de la madre. En ocasiones, se trata de una madre simbiótica que no permitió la individuación. En estos casos, se agrega a esta perturbación diádica, la dificultad en la relación triangular por un padre severo, distante o ausente. Sabemos bien que los complejos procesos de individuación, que restringen el sentido fantástico de omnipotencia infantil característico de las primeras etapas del desarrollo, requieren de la creación adecuada

previa de una mutualidad simbiótica, que por sucesivos y rápidos cambios estructurales y de descarga instintiva, facilitan la individuación y después la autonomía relativa estructural del **yo** y del **superyó**. Es patética y reiterativa la búsqueda en esta subcultura hippí de la 'madre y padre primordiales' y fantásticos. Por las variantes económicas y de las relaciones familiares, a veces también por las creencias religiosas, en los orígenes de estos adolescentes y jóvenes, encontramos evidentemente la preeminencia de identificaciones parciales muy tempranas con las cosas y los objetos materiales. Las actitudes cosificantes y simbiotizantes de muchos padres y madres de adolescentes que escaparon al movimiento hippí, indujeron en sus hijos identificaciones con las cosas y los bienes de consumo que no fueron dados con amor estructurante. Se identifican muy regresiva y autísticamente con las drogas "buenas y mágicas" en su omnipotencia. La secuencia normal de las relaciones de objeto desde la relación diádica, a la triádica y a la multidireccional, característica de las comunidades rurales y urbanas de nuestra cultura, no se presentan en la subcultura hippí. La reaparición de una especie de tribu comunal, tampoco parece favorecer el desarrollo y la progresión del **yo**, aún cuando se dan casos aislados de verdadera maduración durante el escape a la vida hippí. Creo, sin embargo, que esta subcultura apunta valientemente, por su oposiciónismo al "stablishment", a la vuelta a formas más simples de organización social con integración ecológica —¿el verdadero hippismo?—, que pueden sacudir la enajenación de la sociedad de consumo de la cultura capitalista urbana sobretecnificada y cosificada. Los ideales de reintegración y fusión mágicos con objetos parciales buenos inconscientes y muy primitivos, están en la misma línea que los núcleos ideales, no necesariamente idealizados y persecutorios, del **ideal del yo**, como lo he mostrado en mis investigaciones sobre el fenómeno de la protesta juvenil. En la subcultura hippí los sentimientos mágicos impiden la organización social de la protesta, la que sí tiene posibilidades reales de intervención en los conflictos sociales. Creemos que el escape a la subcultura hippí es una de las últimas protestas, primitiva y poco estructurada que ha surgido contra el consumismo capitalista, pero muchos de estos jóvenes y adolescentes, sólo hacen un moratorio en el hippismo antes de sucumbir a los procesos de la sociedad de consumo. No es mi idea que el escape de los adolescentes al movimiento hippí sea una salida 'adecuada' de la sociedad capitalista de consumo, creo que diversos movimientos de protesta son más positivos para el cambio social, porque existe más responsabilidad yoica en los individuos que participan en ellos.

Algunas de las características de la subcultura hippí que he des-

critos están en la misma cultura urbana que le dio origen, sólo que de una forma sutilmente enmascarada. La cosificación está presente y es fácil de distinguir, la promiscuidad comunal está bajo el "swinging", o cambio de pareja, tan frecuente en el jet-set. Por lo anterior, tendríamos que agregar a la lista de identificaciones frecuentes en nuestra cultura actual, a las identificaciones autistas y simbólicas. Debemos investigar mucho más en el destino de las relaciones autistas y simbólica de la primera relación con la madre y su diferencia en diversos estratos socio-económicos de la población, antes de valorar el origen de cambios en los patrones sexuales. Los psicoanalistas podríamos decir mucho acerca de esto con investigaciones adecuadas y organizadas. Siguiendo las definiciones apuntadas al principio, pareciera que hay una contradicción, pues las expresiones de la conducta hippy demuestran que hay fallas importantes de los procesos de individuación, al igual que en la psico y sociopatía de otros estratos de la población en esta sociedad de "úselo y déjelo", y no cabría por lo tanto emplear los conceptos de identificación. Creo más bien que se trata de identificaciones con objetos parciales previos al climax de la individuación, o sea, identificaciones parciales. En la cultura general se observa que cada adolescente muestra los rasgos dominantes de los objetos mágicos "buenos" a los que acepta y de los mágicos "malos" a los que rechaza. En la subcultura hippy esta disociación es más marcada. Podría pensarse que el movimiento hippy es un remedo de relación que sumerge al adolescente en una regresión estructural y formal sin las características de la entrega y relación verdadera, con responsabilidad, la que conduce al adolescente a la obtención de su identidad, mediante la regresión parcial, al servicio del yo, a la búsqueda de la mutualidad nutriente de los núcleos tempranos de identificación. En una analogía romántica, no es lo mismo velar las armas para ser armado caballero en el proceso de identidad del yo y poder protestar para lograr una realidad social más creativa, que dormirse en la capilla regresivamente en brazos de la madre "primitiva", dejando que los salteadores —los objetos mágicos idealizados— se roben la lanza y la armadura.

Una mezcla interesante, valga la expresión, entre la subcultura hippy y la cultura del suburbio se está dando en lo que se llama la subcultura de los 'campus' universitarios. Creo que esta interpenetración y variación cultural se está manifestando en las universidades de todos los países y no sólo en las de los países desarrollados. También en esta subcultura se consumen drogas, se han cambiado los patrones de la conducta sexual, los de las relaciones de la pareja y de algunas otras instituciones, entre ellas el folklore, con la canción y la moda de protesta. Pero pareciera que por el

predominio de identificaciones sólidas y estables con los padres, que se expresan en las áreas intelectuales y estéticas de la conducta social, muchos de los individuos, de los campus universitarios, se integran después en alguna de las dos corrientes de la polaridad conservadora-liberal. Por "conservador" quiero decir aquellas fuerzas que limitan el cambio, por "liberal" toda fuerza que lo promueva. Es difícil encontrar un punto neutral de perspectiva, sin embargo lo intentaré más adelante. Seguramente la sociedad, como toda comunidad viviente, paga un alto precio en la infelicidad, patología mental y autodestructividad de muchos de sus miembros, para que algunos pocos destaquen en la élite de sus grupos como líderes para el cambio de las estructuras sociales o como líderes del conservacionismo y estatismos sociales. De los núcleos conservadores quizá salgan los tecnócratas fríos y calculadores que no vacilarán en eliminar a millones de sus congéneres, a los que no considerarán de su propio ingruo. Por sus prejuicios esclavizarán a millones usando propaganda y armamentos, pues no quieren oír la voz de la especie. Por su arrogancia, alentada por núcleos narcisistas, atraerán hacia sí, al ser los depositarios de la idealización mágica y no de los ideales humanistas, de aquellos desposeídos y desclasados, con los cuales integrarán así, los cuadros de sus aparatos de represión policial y militar. Serán como los soldados de la Noche de Tlaltelolco, que bajo las órdenes ciegas arrasarán las fuerzas libertarias, para después con el soborno, por la culpa de su traición de clase, dejarán huir al herido. De los núcleos liberales, en esta subcultura del campus universitario, quizá salgan también los líderes tecnócratas neohumanistas que conduzcan a las masas a un Nuevo Renacimiento y a una Nueva Civilización, pues estos líderes representan las fuerzas revitalizadoras del **Ello** freudiano con la consistencia del **Yo** humanista, que integra la especie y diluye las barreras de los ingrupos a procesos meramente operativos secundarios en las relaciones de una Nueva Sociedad, impidiendo así la violencia de la depredación de unos grupos poderosos sobre otros. No debe cabernos duda, que desde siempre en las universidades y en los grupos del conocimiento humano, la humanidad ha ensayado en las diversas rutas históricas de las identificaciones, la polaridad conservadora-liberal. En las universidades, en sus experimentos de cambios de los sistemas de enseñanza a niveles más interpersonales, se podrán salvar los peligros de la comunicación masiva. En esos experimentos, se contrarrestará la tendencia a la dispersión del **yo** y se desarrollará un Nuevo Arte y una Nueva Ciencia para el suceder vital.

Me parece que en esta subcultura de los campus universitarios, los núcleos de identificación intelectual, entre compañeros y

maestros, aunados a las posibilidades estéticas, se desenvuelven ex-oficio los aspectos liberales, en los rincones y claustros de las universidades y politécnicos, neutralizando así, los elementos desintegradores patológicos de la drogadicción, el autismo y la simbiosis, dando por resultado la emergencia de los nuevos líderes sociales. Por todo lo anterior, creo que debemos agregar a nuestra lista del tema de las identificaciones en la cultura actual, esta particular e importante combinación de identificaciones intelectuales y estéticas, regresivo-progresivas de las comunidades de la cultura, donde operan un cierto "moratorio" adolescente y juvenil en el sentido de Erikson—, para el cual no encuentro ni una definición más explicativa, ni un nombre más específico.

En diversas asesorías a dependencias gubernamentales y en investigaciones efectuadas en los seminarios universitarios que dirijo, he tenido la oportunidad de tomar contacto directo con la subcultura del vicio, especialmente en los procesos de la prostitución y del cohecho o soborno. A este último, en México, se le llama muy explícitamente 'mordida'. De la investigación en estos dos problemas psicosociales, creo haber obtenido grandes enseñanzas de los procesos de desintegración social. Antes, solo, desde mi sillón de psicoanalista, cuando trataba de hablar de temas sociales tenía una visión muy parcial. Las complejidades del nuevo campo de la Psicología Social Psicoanalítica van siendo para mí el nuevo desafío de mi trabajo. La fuerza de una variable económica, o la de una costumbre, pueden ser de tal magnitud que incidan y refuercen los núcleos de identificaciones orales de un grupo humano, pero esto no siempre es suficiente para explicar el fenómeno. Hay que incluir también los factores sociales que lo disparan y lo mantienen vigente. En la prostitución y en la "mordida", el factor pobreza y explotación es fundamental, pero estos factores externos inciden en las características **yoicas** de los niños que crecieron admirando la riqueza obscena de las clases muy pudientes y la mentira y el engaño de las élites políticas. En estos dos problemas psicosociales, la prostitución y la mordida, la avidez por el satisfactor económico es el motor que incita y mantiene a los sujetos que están en estos niveles de la escala social, que tienen en común un alto montante de desclasamiento. Por este trabajo de integración teórica psicosocial, es tan importante para mí el concepto de las series complementarias de Freud, pues me parece muy operativo por su función incluyente de variables operantes. Cada etapa del contexto histórico donde se desarrolló el sujeto, el grupo y/o la sociedad, va generando respuestas y factores conductuales que se interrelacionan ecuacionalmente, unas en el numerador potenciando una conducta y otras en el denominador, neutralizando o minimizando un resultado. Pero seguir en esta

línea nos llevaría a una de las grandes polémicas de la Psicología Social Psicoanalítica, la de la preeminencia de ciertos factores del desarrollo. Sólo enfatizaré lo que dije en la Introducción: que los conceptos de identificación e identidad son muy operativos por su condición de conceptos “puente” entre los niveles fenomenológicos intrapersonales o subjetivos-psicológicos, los interpersonales de los grupos limitados y los suprapersonales o sociales.

Algo sobre nuestra Cultura Urbana

Describiré a continuación algunas características de la cultura urbana en México, que no creo sea muy diferente a la de otras culturas urbanas de nuestra América Latina, dado que los factores originales y actuales que las mantienen son parecidos. El común denominador de nuestro origen ibérico y nuestro subdesarrollo, o desarrollismo, es fundamentalmente semejante aun cuando en este momento, los militarismos de algunos países del área latinoamericana le den a ésta una perspectiva diferente por la agudización de elementos conservadores muy radicales. Las variantes nacionales y locales deben ser muy importantes, su estudio mostraría niveles diferenciales de interés para el estudio del cambio del área latinoamericana, pero aquí voy a tocar lo que creo más general, ya que más adelante explicaré algo sobre el fenómeno del nacionalismo y las identificaciones en él involucradas.

Trataré de hacer algunas reflexiones de carácter general, ya que no me siento en posibilidad de hacer un estudio sistemático de las identificaciones de nuestra cultura urbana actual. En primer lugar salta a la vista la prisa, la absolescencia de las cosas, la alta tensión en la que se vive en las grandes ciudades. El anonimato y la violencia potencial inducen en el urbanita defensas crónicas hacia estos dos peligros, el primero pone en duda nuestra seguridad de estatus y nuestra identidad, puesto que hay que estar afirmando, para otros y para sí, que no existe el peligro de la dilución de nuestro *yo* en la masa urbana y que se es alguien con personalidad propia. La violencia potencial hacia nuestras personas y nuestras propiedades, más si se tienen muchas y ‘valiosas’ en esta sociedad de consumo amenaza a nuestro *self* y a sus extensiones mágicas en las cosas y los bienes. La lucha por el prestigio, el puesto, el grado, en última instancia por los peldaños de un estatus inseguro, cambiante y vulnerable, ha relegado en el ciudadano moderno, más aún en el urbanita, el antiguo interés que tenía por otros elementos de la vida cotidiana menos agitada y mentirosa, donde se tiene que actuar bajo un continuo script en el marco de la aglomeración. No creo que esta falsedad y vacío de un sentido más

profundo de la vida en las grandes urbes se observe sólo en los estratos de mayor edad de la población o en los burócratas que tienen un encuadre escalafonario de sus vidas, también se observa en los jóvenes y hasta en los niños. La **barriada**, con sus efectos de comunicación inmediata, coloquial y cuasifamiliar está desapareciendo, sobre todo en las clases en ascenso. Habría que hacer una diferenciación entre **ghetto** y **barriada**. En otro estudio sobre colonias populares en la ciudad de México, describimos que estos **ghettos** son verdaderas 'islas urbanas' aisladas por vías rápidas de comunicación, pero aglomeradas de marginados y semimarginados. Las llamamos 'zonas de desintegración por implosión'. La necesidad de escalar posiciones lleva a veces a los grupos a conglomerados humanos donde no siempre campea la confianza vecinal. De nuevo la 'oralidad' de la sociedad de consumo está en el foco de la atención. Si se lleva adentro la imagen de una madre lejana, ansiosa, cosificante, difícil para entablar con ella la relación de una mutualidad tranquila y estructurante, y la de un padre ambicioso, engañador, que usa de dos o tres maneras distintas el lenguaje y que hace algo que no dice y recomienda aquello en lo que no cree profundamente, el hombre, la mujer y los niños de nuestras grandes urbes aglomeradas, no se sienten integrantes generosos de una espléndida especie animal que está siendo desperdiciada por el hombre mismo. Cada uno parece enemigo del otro y la responsabilidad con el vecino, o con el usuario de los múltiples trabajos y funciones urbanos, termina donde comienzan los más mezquinos intereses propios, a veces disfrazados y siempre defendidos con los alegatos más sutiles, o con los pretextos más inverosímiles.

Todo lo anterior dibuja el cuadro de las carencias múltiples; sin embargo, no me atrevería a hacer diagnóstico de una cultura oral frustante dominante en los urbanitas, pues la ambición patológica la conceptúo como algo más que la sola conflictiva oral, ya que incluye tanto a la retentividad anal, como a la capacidad neurótica de las fijaciones fálicas por la tendencia a poseer y dominar con ventaja al otro. Más bien concuerda con rasgos de identidad socio y psicopáticos. Hacer un diagnóstico de la cultura occidental urbana es tentador, algunos psicólogos y sociólogos lo han intentado, aquí cabe más hacer énfasis, limitándonos a nuestro tema, a la persistencia de identificaciones múltiples, contradictorias y parciales, por la necesidad misma de los procesos adaptativos en esta cultura urbana de la sociedad de consumo. En cada etapa del desarrollo parecen irse reforzando, en vez de neutralizando, los componentes de este producto atormentado que existe en la base del ciudadano moderno. Si a esto se agregan las tensiones inevitables del subdesarrollo económico, el cuadro es aún más

alarmante. La alta concentración de la riqueza en los élites política e industrial, la continua depauperización rural que fuerza la avalancha a las ciudades en continuo río de emigración interna, y la presión desintegrante que sufren las viejas clases medias aún no completamente popularizadas, son todos factores socioeconómicos fundamentales a contemplar en el análisis psicosocial de las grandes ciudades de nuestra Latinoamérica.

Veamos sólo un breve ejemplo de como se interrelacionan los factores tiempo y anonimato en una viñeta de la gran ciudad. En una pequeña investigación psicosocial sobre la 'mordida' entre policías y automovilistas, en violaciones de tránsito, descubrimos que un alto porcentaje de la población investigada, representativa de diversos sectores y estatus de la ciudad de México, tenían una alta potencialidad para sobornar y ser sobornados, lo que interpretamos como una manifestación de una escisión adaptativa del **superyó**. En nuestras entrevistas, cuando el policía y el presunto infractor platicaban, entablaban una relación mutua que contrarrestaba el anonimato, cuando había tiempo para esta pequeña relación de dos ciudadanos con roles distintos, había menos antagonismo, se cobraba la multa si era justa, o se llegaba a ese acuerdo donde la ley toma su aspecto preventivo y educador y no sólo restrictivo. La capacidad yoica para controlar la escisión adaptativa superyoica, cultural e infantilmente aprehendida, se podía así incrementar, cuando disminuían el factor tiempo, la prisa de la gran ciudad y el anonimato dispersor del **yo**. Muchas actitudes del adulto que se institucionalizan, como la facilidad para el soborno, en los dos sentidos, le van enseñando a los niños la ventaja de conductas escindidas con las que termina identificándose. Respecto a la mordida deseo consignar aquí otra reflexión. Como tal, como el pequeño soborno de tránsito o de infracciones menores a la ley o a reglamentos locales, creo que en México y en todo el territorio nacional, es frecuente y casi una costumbre. En otros niveles más altos de violaciones a la ley, creo que aquí es igual que en otros países desarrollados, pues el fenómeno de la corrupción, con sus modalidades locales, parecer ser un acompañante inevitable del desarrollo que nunca, ni en los países socialistas, es uniforme y justo. Quizá en México su intensificación y diversificación, hasta los niveles mínimos de las violaciones intrascendentes, se deba, tal como lo hemos discutido en grupos de alumnos, al elemento histórico de que hemos vivido envidiosos del desarrollo norteamericano, que desintegró lenta y fatalmente el valor yoico de sentirnos 'señores', en el viejo contenido de nuestra doble identidad indígena e hispánica, donde la honradez muy frecuentemente era un valor de alto prestigio grupal y social.

Otro rasgo importante de la conducta colectiva en la ciudad de

México, que descubrimos en alguna de las investigaciones psicosociales a las que aludimos antes, es que el ciudadano tiende, casi inevitablemente, al cuestionamiento crítico de los fenómenos sociales, políticos y económicos, de manera sistemática e inespecífica, con pobre o distorsionada información. Esta actitud tan intensa tiene motivos preconscientes o inconscientes diversos, que van desde la simple pose para ser como los demás, a la protesta de problemas reales y tensiones por la existente injusticia social, hasta la autoafirmación neurótica que mitiga un sentimiento de dispersión y oïca. Cuestionar, negar el valor del otro, rebajar la autoridad, puede ser un mecanismo adaptativo ante diversas presiones intra y extrapersonales. Si a esta conducta se tiene, muchas veces con razón, una falta de respeto y un desprecio, a veces apenas encubiertos por un temor sospechoso a la autoridad, aunque ésta sea racional y necesaria, se configura así un medio social de protesta crónica e inespecífica. Su adecuada canalización política verdadera, puede estar a favor del cambio y de la confianza. Creemos que la crisis de confianza en el gobierno, de manera real e importante, que culminó en 1968, está lejos de superarse. Los jerarcas de la política al propagar la idea de que 'México ya debe enterrar a sus muertos', se comportan como ciegos ante los procesos históricos. No podría decir si su 'ceguera' es de buena fe por los deseos de un 'borrón y cuenta nueva' verdadero, o como una pose más de dominio para obtener el lugar en la élite que aún sigue engañando. Cualquier intento de volver a generar una confianza y de acrecentarla, no a nivel de dependencia mágica del padre idealizado, sino desde la base del criterio, deberá comenzar por la extirpación de la explotación política. El cuestionamiento crónico, cualquiera que sea su motivo intrapersonal, como factor incidente grupal, sólo disminuye la identidad de grupo y alimenta la tendencia a las identificaciones parciales y cambiantes, que cierran así el círculo de la duda y la inseguridad, acerca del significado de la propia existencia en la gran metrópoli y aún en todo el país. Cuando existe tal desconfianza de unos individuos y de unos niveles hacia otros, basada en la escisión superyoica importante adaptativa, no cabe la transmisión cultural directa de padres a hijos, de maestros a alumnos, de experimentados a novatos, de gobernantes a gobernados, se tiende entonces a la mera protección de la precaria identidad de clase, de grupo y de familia, mediante el mecanismo del aislamiento afectivo y la sustitución de afectos reales, por poses o roles desfigurados y desligados de contextos verdaderos. En México en cada sexenio, con "el gran cambio", se liquidan cada seis años planes, estructuras e instituciones que aún no han probado su eficiencia, se les bautiza con nuevo nombre para así entrar de lleno a la magia de la

propaganda, ya que no siempre para su mayor eficacia. Cada seis años inventamos un nuevo país con la consiguiente pérdida de esfuerzo nacional, abriéndose así el surco necesario para la nueva cosecha de millonarios de la industria política. El diálogo 'horizontal' aquí es prácticamente imposible. El lógico temor a la 'verticalidad' opresora refuerza el deseo por un cuestionamiento crónico e inespecífico, que siente el individuo como un derecho inapelable, aunque muy callado, que no usa como herramienta útil de la lógica y el progreso de las relaciones humanas para llevar el desarrollo a una espiral ascendente y no para frenarlo en círculos viciosos cerrados.

Los seres humanos, en el devenir del 'progreso', hemos desembocado en urbanitas ansiosos y enojados, ambiciosos y engañadores, actores de roles diversos en los procesos de la comunicación masiva; sin embargo, aún nos defendemos creando nuevos y fascinantes medios de evasión. Me refiero al cine, al teatro, a las grandes exhibiciones deportivas, a la lectura, la televisión y cablevisión, la radio y las diversas expresiones de la cultura. Parte por evasión, parte como alimento estético del **yo**, el urbanista tiene cada vez más acceso a estos medios de la cultura de masas, que también fatalmente son los medios que incrementan su enajenación. En algún otro trabajo posterior trataré de manera extensa acerca de la doble enajenación del hombre moderno y de su complementación conceptual, la interna, que trató inicialmente Freud en "El Malestar en la Cultura", y la económica de la teoría marxista. Adelantaría que la enajenación, en su vertiente psicológica intrapersonal, sólo es factible mediante diversos procesos defensivos del **yo**, entre los que están la escisión y la negación. Los medios masivos de comunicación, cuando facilitan estas defensas, arrastran consigo sectores del **yo** que se empobrece. Es entonces cuando los medios de evasión para contrarrestar las tensiones, en lugar de liberar al **yo** de la carga de las presiones externas, en muchas ocasiones favorecen su empobrecimiento. Quizá un ejemplo de esto sería la adicción a la televisión o a los espectáculos deportivos, que en ocasiones atraen casi totalmente el interés de los sujetos, similarmente a lo que sucede en una farmacodependencia, donde el remedio, la evasión, fue peor que la enfermedad. Pareciera que la vida moderna de la gran ciudad exige un tipo especial de negaciones afectivas que tapen efectivamente los agujeros de nuestros umbrales de tolerancia sobrepasados por los múltiples estímulos y tensiones, como sucede con la sobreinformación, o la información unilateral de las tragedias o de los aspectos dramáticos de la vida cotidiana. Quizá nuestras identificaciones tienen que operar de manera laxa en sus contenidos afectivos, para así dejarnos 'libres' a los individuos, desconectando los centros de

mando, conforme a los requerimientos de una vida diaria acelerada y difícil.

El interés y la participación en las manifestaciones culturales en general, le dejan al ciudadano una ganancia estética que fortalece la función sintetizadora del **yo**, favoreciendo así la regulación de las tensiones. Los "happenings" tienen mucho de esta función sintetizadora y de descarga colectiva, aun aquellos que nos parecen grotescos, pues por contraste, nos permiten adoptar o reafirmar una actitud. Muchas pulsiones de voracidad, ambición y competitividad, se canalizan en los deportes, aún como espectadores de los grandes eventos. Las identificaciones de los niños con padres deportistas seguramente están en la lista de las identificaciones al servicio del eros constructivo. Sin embargo, las espléndidas evasiones como espectadores en los deportes y los diversos pasatiempos, puede aumentar también la pasividad expectante de la sociedad de consumo que se masifica y enajena. Respecto al humor, a veces nos ayuda a aliviar la agresividad del tránsito citadino, ya como automovilista ya como peatón, pero sobre todo el humor en el chiste político es una válvula de escape. En el chiste político se desacralizan casi todas las figuras, salvo aquellas de los intocables, cuyos chistes sólo circulan como rumores y en corrillos, como la función de comunicación desestructurada de las masas. En otras áreas, la desrepresión instintiva es ya de tal magnitud, que un chiste fino color de rosa tiene más impacto, que el cuento pornográfico que va perdiendo su novedad.

Sería interminable hablar de muchas otras características de la cultura urbana actual que parte de, o engendra a otras identificaciones, y aún me es más difícil si no he tenido la virtud de una estricta sistematización. Cuando me hago la imagen o quiero trazar el perfil del urbanista actual, lo veo como formado de partes, diría de identificaciones parciales, aglutinadas y confundidas por la angustia y recubiertas de roles operativos impuestos por la vida misma enajenante de la gran ciudad. Este conglomerado individual de identificaciones, que es al mismo tiempo el aparato psicosocial interno, pareciera que se ha formado desde la infancia en estado de emergencia. Se me ocurre que la organización de los umbrales de descarga instintiva, así como el aparato protector de estímulos, ambas funciones del **yo**, en los individuos de la gran ciudad se han formado en emergencia traumática. Quizá por eso le dan al **yo** del niño, contenido después en el **yo** del adulto, esas características esquizoides, formales, de 'como si', sociopáticas y tristes, pero también aventureras y en algunos cuantos, audaces e inquietas. Este tipo de organización yóica, con sus identificaciones correspondientes que incluyen la identificación con agresores, necesitan de una alta tensión y de la acción permanente para su autososten-

tación, o de la fuga y las evasiones súbitas, a manera de un permanente intento de elaboración de tipo traumático, donde el constante 'actuar' es indicador de una desrepresión sistematizada que requiere, para la integración parcial sin barreras yoicas precisas, de la respuesta del otro, de la acción social violenta frecuente y arrogante. La estructura superyoica está escindida y por lo tanto la internalización adecuada de la autoridad es limitada. El desafío a la ley, el esquivar las luces ámbar y roja de los semáforos cotidianos, se vuelve un emergente vital para la estructuración yoica precaria y efimera por oposición. Los que no nacimos en esta cultura urbana actual, añoramos los 'tiempos mejores', es decir, una cotidianidad más acompasada. A veces me imagino, que instaurada ya la calma del Renacimiento después de la ruptura de la Edad Media, la civilización de entonces permitía otra organización de los umbrales de descarga y de los sistemas defensivos del yo, la personalidad se estructuraba quizá a otro 'tiempo'. El interés creciente de nuestra juventud actual por la música barroca, con Bach a la cabeza, con el perfeccionamiento genial de la composición sistemática simple y cuadrada de un juego de abalorios en perpetua fuga y constante reencuentro, me parecen demostrativos del anhelo por un mundo más acompasado, que organice los **yoes** de nuestros niños sin tanta emergencia. Todas las características descritas de la cultura urbana, parecen las de una cultura en profunda crisis, con amplios movimientos pendulares, sin rumbos más estables y en tránsito a un destino aún incierto. Las crisis políticas de los gigantes hacen que a nosotros, los del mundo en desarrollo y a los subdesarrollados, se nos ponga la carne de gallina por el terror de una guerra apocalíptica. Aunque muchos sabemos que no nos va a tocar vivir en la Nueva Civilización, nuestra angustia existencial se incrementa por la incertidumbre del destino, pues con toda la ciencia moderna, el hombre no puede predecir atinadamente su futuro psicosocial, por esto dudamos con angustia que estemos participando positivamente en su creación. La esperanza para un mundo en transformación son las diversas manifestaciones del eros auténtico, que en ocasiones se esconde y se enmascara por la fuerza de la violencia interna y externa, pero que está siempre presente en los sentimientos estéticos y en los núcleos liberales de la humanidad.

El Nacionalismo y la Polaridad Conservadora-Liberal

No podría terminar este ensayo un tanto disperso y polémico, sin algunas reflexiones acerca de las identificaciones comprendidas en el fenómeno psicosocial del nacionalismo. Creo se justifica

este interés, porque pertenecemos a un Tercer Mundo en desarrollo, cuya cultura tiene diferencias significativas con la cultura de los países ricos desarrollados, lo que configura por supuesto toda la psicología de la explotación. Además, deseo tratar este tema, porque el nacionalismo fue un fenómeno importante de mi propia evolución e identidad profesional, aun hoy día es fuente de un sentimiento muy valioso de mi identidad colectiva.

Cuando emigré a Buenos Aires con mi pequeña familia para el entrenamiento psicoanalítico, aún no sucedía la explosión demográfica urbana, tuve que abandonar la estabilidad de un estatus que me integraba interna y externamente. Con esta emigración hubo entonces una gran distancia entre mi vida anterior y la nueva. Antes, era un médico cirujano rural recién casado que trabajaba en un pueblo primitivo y tropical de México, donde imperaba el caciquismo y las vendetas de clanes con toda su violencia, donde el folklore estaba ligado a una ecología simple, donde el ritmo de las estaciones de 'secas' y de lluvias predecían casi el tipo de trabajo profesional cotidiano. Después, en Buenos Aires, pasé por las vicisitudes dolorosas y pintorescas de un candidato en entrenamiento psicoanalítico, en una gran capital sudamericana con patrones culturales europeizados y que ensayaba entonces, en el primer peronismo, sus primeros cambios sociales durante decenios. La comunidad psicoanalítica argentina nos abrió generosamente los brazos a todos los mexicanos que emigramos a entrenarnos, a veces cerrabamos filas para preservar nuestra identidad conmovida por un cambio vivificante pero avasallador. La tristeza por la patria lejana, el cambio obligado de estatus económico y la añoranza de la familia extensa, se mitigaron mucho con esta generosidad de los colegas, compañeros y maestros. Ayudaba también la esperanza del retorno a México con una nueva especialidad humanista y compleja, ya que de alguna manera seríamos los pioneros. Los nuevos valores de la ciudad porteña y del ingruo psicoanalítico, se nos ofrecieron como tentaciones para nuevas identificaciones, proceso que se favorecía por la regresión psicológica inevitable del tratamiento necesario en el entrenamiento. Terminado el ciclo de la nueva especialidad, al regresar a México, de nuevo, tuvimos que hacer otro duelo por las amistades y por el nuevo estatus que ya habíamos ganado poco a poco en los seis años de la emigración a Argentina. A mi regreso a México, el primer signo psicossocial de mi adaptación, curiosamente fue un nuevo nacionalismo que surgió, ya después de suspendido mi psicoanálisis, lo que me reconcilió aún más con mis objetos psicológicos internos, que se manifestó por el interés de piezas arqueológicas y por las épocas prehispánica y colonial de México. Fueron las primeras raíces de lo que yo empezaba a ser en mi

ingrupo cultural, con la experiencia de lo extranjero bueno ya asimilado. Una carita Sonriente Totonaca, el perfil señero de una figurita de un Caballero Aguila Tenochca, la serena majestad de un Sacerdote Maya de Jaina, las filigranas platerescas y barrocas de un altar o de un pórtico coloniales, me decían más que un tratado de historia. Me sensibilizaron estas obras de arte como para sentir, en lo más hondo, los frescos de los maestros que sintetizaron la Revolución Mexicana. Pero todo esto no me penetró sino hasta que sentí a la gente; valoré y enfrenté mis propios prejuicios de clase cuando caminé por las calles gozando el folklore y el paisaje variado y multifacético, cuando volví a la Costa Grande y sentí que ya comenzaba a establecerse en mi yo una identidad más amplia e incluyente de mi evolución anterior.

Entonces me encontré integrado ya como profesor en la Universidad Nacional, diciéndome a mí mismo y a mis alumnos, hiperbólicamente, una amarga verdad nacional: La última convulsión social, o guerra extranjera de México, en la que aún no hubo alguna forma de intervención de los Estados Unidos de Norteamérica, fue la toma de Tenochtitlán por las huestes de Cortés en 1520 México es la frontera de la América Latina. Somos la barrera entre dos mundos muy diferentes en lo cultural, lo lingüístico, lo político, lo económico y lo religioso. Ser vecino del gigante del norte estimula un fuerte nacionalismo territorial transmitido de padres a hijos en millones de mexicanos, como identificaciones protectoras de la identidad nacional. Estas fuerzas psicosociales nos prestan una cohesión que retarda la dilusión de las fronteras culturales yólicas. Alguien dijo que lamentablemente estamos muy lejos de Dios y demasiado cerca de los Estados Unidos. Somos tan nacionalistas en la misma medida que nos defendemos de aceptar cuanto que somos ya una provincia y una colonia comercial. El fenómeno de interpenetración cultural es muy trascendente entre nosotros, porque es vivido desde que somos pequeños. Desgraciadamente, las mismas identificaciones nacionalistas que nos prestan alguna coherencia, en otros niveles se vuelven barreras para que esta inevitable interpenetración cultural ayude fluidamente al cambio social. Nuestro resentimiento histórico está latente de múltiples maneras. El modelo de muchos y muy eficientes explotadores mexicanos de las clases pobres, es el empresario norteamericano. Platicar con un grupo de chicanos en San Diego, El Paso o Laredo, es el mejor seminario sobre estas pseudosubespecies culturales. Inexorablemente, la frontera divisoria del norte se ha ido internalizando en las diferencias de estatus económico, se hace más notable este fenómeno en las grandes ciudades y se agudiza en la lucha de clases.

Algo más sobre el nacionalismo y su relación con algunas

características de la participación política del mexicano, sobre todo de las grandes ciudades. Me refiero en particular, a la desilusión política cíclica y sexenal que invade de apatía el espíritu del futuro votante, con la duda de que su acción en las urnas tenga una validez real para el cambio social sustantivo. Si hacemos la analogía de esta conducta apática con la del paciente deprimido crónicamente, siguiendo el modelo de la clínica psicoanalítica, tendríamos que buscar un ciclo de estimulación de satisfactores, donde a un proceso participativo ilusorio, siga una frustración, con la consecuente desilusión paralizante y donde al ciclo político siguiente, por la fuerza de la necesidad, se inicie otro nuevo proceso.

Después del México Insurgente, ya conseguida la Independencia y derrotada la copia iturbidesca del decadente Imperio Español, se sostienen precariamente, por la vía centralista, las naciientes instituciones de la República. A partir de entonces podemos aislar, un tanto arbitrariamente, para fines de una panorámica psicosocio-histórica, cuatro momentos de entusiasmo de grandes sectores de la población, que podríamos llamar "momentos de entusiasmo político". En ellos, hubo la participación de las masas en movimientos que apuntaban a la posibilidad, o a la ilusión posible, de cambios sociales más justos y dignos, donde se disminuyera el índice de la explotación, se abrieran genuinos canales de participación y los estratos de clase se agrietaran un tanto para dar paso a fenómenos más profundos de cambios sociales. Siguiendo una idea de Mannheim, después de una ideología que concreta el estatismo, surge la utopía como ideal del cambio.

Los cuatro momentos históricos de entusiasmo político, a los que me referiré sintéticamente, son los siguientes: El primero, la lucha de Juárez contra el intento imperialista de Maximiliano, propiciado en parte por la élite burguesa como paliativo de la creciente influencia norteamericana, lucha que conmovió grandes masas populares y de la clase media intelectual, que incluyó los refugios eclesiásticos del poder y que culminó con la Reforma y el surgimiento del liberalismo mexicano. En este periodo sabemos como siguió la concentración imperial del porfiriato y de nuevo, con las oleadas de protesta iniciadas por los Flores Magón y continuadas por Madero y los demás revolucionarios, estalla la Revolución Mexicana. En este segundo gran movimiento de masas, brilla de manera particular la utopía zapatista de "Tierra y Libertad", cristalina, simple y fundamental, como la voz de la experiencia de la economía participativa de tendencia horizontal del antiguo calpulli.

A este periodo de la revolución armada, siguió su institucionalización en el neocapitalismo burgués posrevoluciona-

rijo, con la traición a las clases campesinas y obreras que vuelven a perder una vez más la posibilidad sustancial para el cambio. No se puede decir que no exista el "progreso" en el México de hoy, pero no se puede dudar la tremenda brecha entre pobres y ricos. La reforma agraria, tal como ahora se puede juzgar su proceso, tuvo y contuvo más persistencia de la utopía inicial, que la infraestructura para un desarrollo tecnológico gradual para la eficacia productiva, competitiva y previsor. Creo que igual pasó con los procesos de la industrialización. Con Avila Camacho y sobre todo con el alemanismo que liquidó la estructura cardenista populista, se inició abiertamente la copia del modelo ideal del capitalismo norteamericano. En "La Marca de la Opresión", Kardiner y Ovessey, demuestran cómo el ideal inconsciente del negro norteamericano, por supuesto antes de la "protesta negra", no era el de ser un "mejor negro", sino el de convertirse en un "blanco como su ideal inconsciente". El modelo del "destino manifiesto" del norteamericano, quizá desde la institucionalización de la Revolución Mexicana, donde al nacer el nuevo Estado Mexicano también nació la nueva forma de "gesticulación" del reparto de los bienes, se vuelve quizá el secreto e inconsciente motivador ideal del grupo de la "familia revolucionaria", más operante en la conducta que en las palabras manifiestas de la propaganda del partido oficial. Este ideal norteamericano puede ser el motor que dinamiza a la clase dirigente en su acción directriz, que en algunas épocas fue claramente antipopular. Este ideal inconsciente por supuesto negado abierta y fuertemente en la conciencia.

Un tercer movimiento de masas fue el entusiasmo por la expropiación petrolera, donde Cárdenas contiene y simboliza, una vez más, la utopía nacionalista que busca la independencia económica del país. Esta confrontación mexicana con las grandes potencias, medianamente instrumentada en la sucesión presidencial, lleva al movimiento pendular conservador de Avila Camacho, que se consolida con el alemanismo, con todo su modernismo industrial y a la zaga, también una vez más, del "boom tecnológico" norteamericano.

Con cada nuevo sexenio, un nuevo Poder Ejecutivo tiene que ensayar soluciones para las mil y una contradicciones, además de descifrar los múltiples significados latentes en los conceptos de "vecino", "amigo" y "socio" que hay en las masas entre las identificaciones nacionalistas y las tentaciones del "ideal norteamericano inconsciente", por supuesto en medio de las presiones tremendas y poderosas del Estado Norteamericano en turno, también con su juego gesticulador de demócratas y republicanos. Se vuelve así, al círculo vicioso de las posibilidades habladas y de las escasas realizaciones efectuadas, con el agregado de la inercia

propia de las decisiones anteriores y las nuevas perturbaciones del invento de nuevos puestos e instituciones, algunos ensayos creativos, pero que en ocasiones sólo confunden la operacionalidad del sistema imperante. La envidia latente de un **yo** nacional, frente a los poderosos ideales que habitan, o creemos que habitan en la mente norteamericana, podría ser nuestro conflicto interno, eco y reflejo, motivador y motivado, en nuestro **superyó** y en nuestro ideal del **yo**, la contrapartida del conflicto externo de la vecindad y frontera con el coloso del norte. La frontera topo-geográfica, se vuelve cada vez más, o una vez más, la frontera topo-psicológica en la población. Es ese campo inevitable, pero no bien comprendido ni aceptado, de lo psicosocial que es también el campo del cambio social.

Los movimientos de protesta de los ferrocarrileros y de los médicos, culminaron en el mal llamado "Movimiento Estudiantil del 68". Es incuestionable el entusiasmo espontáneo de grandes masas estudiantiles, campesinas, obreras y de algunos sectores de la clase media. Ese entusiasmo se decapitó por la masacre y escarmiento en la Noche Triste del 2 de Octubre en la Plaza de las Tres Culturas. Quizá la incredulidad política básica en los espíritus ciudadanos, esté alimentada por ese escarmiento sanguinario no reparado aún en el pueblo.

Ese cuarto movimiento de masas, con el despliegue de genuino entusiasmo político, con la utopía fascinante de la posibilidad del cambio mediante el "diálogo", de alguna manera, por su propia inercia, quizá dé lugar a una nueva y cuarta cultura. En un próximo ensayo ya prometido, tal vez pueda demostrar entre otras cosas con la lógica del análisis psicosocial, cómo interactúan, desde el "adentro" individual, los núcleos de una polaridad conservadora-liberal, y cómo sólo son eficientes en la conducta social años después de su aprendizaje temprano en el microcosmos de la familia, se vuelven operantes una generación o dos después, en el "afuera" del macrocosmos social. Estoy plenamente convencido, de que un análisis psicosocial minucioso y no tan panorámico de esos cuatro momentos utópicos de entusiasmo político después del México Independiente, arrojará más luces que esclarezcan los problemas de la participación política, en gran porcentaje apática y triste, desilusionada o aberrante de los mexicanos, que tienen así una pobre coherencia de clase. No creo que con este análisis exhaustivo propuesto se encontrara algo sustancialmente nuevo, pero se harían nuevas síntesis de los fenómenos en donde se incluyera el factor psicosocial. El análisis psicosociohistórico comparativo de la Lucha Juarista, la Revolución Mexicana, la Expropiación Petrolera y el Movimiento del 68, nos ilustraría acerca de las vicisitudes de la identidad nacional, de sus conflic-

tos nacionalistas con los ideales extraños, los procesos internos del modernismo, así como otros factores del complejo psicosocial actual. Nos daría la pista de los tempranos aprendizajes que inciden en los niños en el seno familiar, así como su emergencia ulterior en la vida social y en la participación activa o apática en el campo político.

Adelantaré aquí, que estas formaciones o estructuras psicológicas, que llamo núcleos de polaridad conservadora-liberal, se inician al mismo tiempo y dentro de los mismos procesos de individuación separación en el segundo y tercer año de vida. Estos procesos los describieron magistralmente Mahler y colaboradores, siguiendo las ideas de Anna Freud y los teóricos de la psicología psicoanalítica del **yo**, con Hartmann a la cabeza. Adelantaré también sucintamente, que estos núcleos serían los centros de mando de la acción social, no siempre rigidizados en el adulto y con posibilidad de incremento en cualquiera de sus dos vertientes, conservadora y liberal. Surgen en la infancia para contrarrestar la incipiente angustia existencial y el temor a la muerte, por la toma gradual de conciencia en el niño de su individuación. Por su propia maduración psicológica, el niño tiende a trascender, aunque no lo logre totalmente, la simbiosis previa e indispensable con la madre. Lo hace con ayuda de los procesos de socialización que se inician durante su conflicto de individuación, condición que nos hace necesariamente seres sociales. Pero también pueden transferirse cargas emocionales primitivas de los remanentes simbióticos con la madre, a diversas formas de "simbiosis social". Simbiosis materna, individuación, angustia existencial y socialización, con retrocesos estatizantes y proyectos utopistas progresistas, son los procesos psicodinámicos subyacentes a la creación y estructuración de los núcleos de la polaridad conservadora-liberal.

Estos núcleos contienen el conflicto dialéctico permanente entre el egoísmo individual y del ingrupos y el altruismo hacia los exgrupos y la sociedad en general. Por su función equilibradora de la angustia existencial y por su momento de aparición en la temprana infancia, estos núcleos son la base de las diversas utopías de trascendencia que conducen a la acción social. Por supuesto que también hay "utopías regresivas" que quizá deberían ser emparentadas con diversas rigidizaciones megalómanas de algunas ideologías. Son utopías antihistóricas, que conducen al reforzamiento de posiciones altamente conservadoras. Tómese como ejemplo las llamadas ideologías fascistas, ya sean las originales en los estados desarrollados alemán e italiano desde los treinta, o en sus copias en países latinoamericanos subdesarrollados como transición de la condición de colonia económica. Los sistemas de prejuicios que llevan al conservatismo agresivo, también

sirven como defensas psicológicas mágicas de trascendencia contra la angustia existencial, a los individuos de los ingrupos con esas "utopías regresivas". Dialécticamente, las utopías de cambio integradas en la ética social de los grupos progresistas, alimentan el entusiasmo por el cambio cada vez más incluyente de otros grupos. En estos grupos progresistas, sus ideales de cambio contienen fuertes motivos altruistas.

La teoría acerca de estas estructuras psicológicas tan sintéticamente descritas, con su efecto en las motivaciones últimas para la acción social por su fuerza ética motivadora de trascendencia, pertenece a la teoría más general del psicoanálisis que trata acerca de los conflictos interestructurales en el aparato psíquico. Está vinculada también a la teoría de la formación de los procesos de las identificaciones y al de la identidad del **yo**.

En determinados momentos de crisis históricas, en parte por el entusiasmo de la participación grupal, se activa el conflicto conservador-liberal individual y se redisocia el **superyó** y el ideal del **yo** que aparecen en la vida adulta como una sola estructura. Esta disociación por la acción social, la he mostrado en un ensayo sobre "La Protesta Juvenil". Las cargas afectivas ligadas a las identificaciones del ideal del **yo** son el corazón mismo de la participación en la protesta, pues incluyen las utopías progresistas de cambio, mientras que los aspectos conservadores, fuertemente rechazados durante estos movimientos, son depositados, muchas veces con justificación, en las instituciones que impiden el cambio o el diálogo, tal como creo se puede entender del historial de N. al principio de este ensayo.

Por todo esto, enfatizo la necesidad teórica del doble origen, de lo que consideramos en el adulto como **superyó**, puesto que primero se introyectan, se internalizan con cierta estabilidad y persistencia en el aparato psíquico, las relaciones gratificantes de objeto muy primitivas de la mutualidad madre-hijo que describe Erikson, cuyos efectos integradores y nutricios, psicológicamente hablando, serían el núcleo inicial del Ideal del **Yo**. Sólo posteriormente, en los primeros conflictos agresivos importantes que entran en juego en el proceso de individuación-separación de la simbiosis materno infantil, pero sobre todo con el incremento altamente ambivalente del Complejo de Edipo ulterior, cualquiera que sea su modalidad social particular aparece la organización superyoica propiamente dicha. Esta organización ya contiene los imperativos categóricos restrictivos que condicionan la acción social, sobre todo en su manifestación de acatamiento a las instituciones. Es así, como ideología y conservatismo se oponen dialécticamente a utopía y protesta. En el momento de la redisociación de estas dos estructuras, siempre existe un cierto alejamiento de la realidad.

Las ideologías y las utopías no son un reflejo preciso del momento, pues contienen los ingredientes psicológicos individuales y grupales del campo psicosocial.

Las diferencias socioeconómicas insultantes, las diferencias de estatus humillantes, las frustraciones de satisfactores esperados justamente y que nunca llegaron, conmocionan a las masas. Pueden entonces despertarse y movilizarse las identificaciones inconscientes de esos núcleos de polaridad conservadora-liberal, tal como me enseñó el caso de N., que me sirvió como ejemplo clínico al principio de este ensayo. Creo que con este caso pude mostrar cómo se requiere de ciertas condiciones del momento histórico, para que se movilicen las identificaciones inconscientes de la polaridad conservadora-liberal. Si el incremento se hace la vertiente liberal, o estas identificaciones son más poderosas por la historia infantil, aparece entonces la capacidad de diálogo, siempre que se hable desde el otro lado también desde una posición liberal, altruista, desde una ética humanista que posibilite el cambio, que puede no ser entonces necesariamente violento o guerrero.

Sin embargo, la violencia requiere de la desesperación una vez terminada la apatía, y puede encontrar la coyuntura para manifestarse. A veces, sólo son ya posibles los cambios revolucionarios y violentos. En otras circunstancias, la esperanza implementada en acciones reales que cambien las condiciones de explotación, puede y debe detener la agresión armada. Las pseudosubespecies en el sentido de Erikson, son las organizaciones de los grupos humanos por sus afinidades culturales, lingüísticas, étnicas, religiosas, socioeconómicas y políticas, aun dentro de un mismo país y dentro de un conjunto de ingrupos. Las pseudosubespecies, siguiendo los conceptos de la etología, tal como en los conflictos intraespecíficos, tendemos naturalmente a ritualizar la agresión. Esto quiere decir, a crear sistemas de autoregulación de las tensiones agresivas que no lleven a la destrucción del oponente. Se crean así alternativas y salidas a esos callejones dilemáticos de la dominación violenta y esclavizante. El que tiene el arma, puede detener a tiempo el dedo en el gatillo, o para el viaje agresivo de obediencia ciega de la bayoneta real o de la propaganda prejuiciosa, hacia el costado del igual. Sin embargo, parece que la capacidad de ritualizar la agresión a niveles protectores, está rápidamente desapareciendo en diversos contextos sociales. Los conflictos humanos se parecen cada vez más a la lucha entre especies diferentes, como lo volveré a expresar más adelante.

Los sociólogos describen con razón, que los sentimientos nacionalistas aumentan en los países subdesarrollados, como una de las reacciones por la dolorosa toma de conciencia de su condición de explotados, de víctimas de predadores implacables, y a la manera

de una lucha entre especies diferentes. Estas son ya las especies de clase que se han agudizado por el progreso mismo donde la tecnología es superior a la ética social. El poderío de las transnacionales para el control político de los países subdesarrollados o en desarrollo, es hoy de tal magnitud, que el cerrar filas con el incremento de las identificaciones nacionalistas que dan cohesión a los ingrupos, es apenas retardante de tensiones mayores. Los caballos de Troya cargados de intensiones de expansión desgraciadamente parece que ya están dentro de las puertas del nacionalismo. Creo que en nuestro México actual sea casi imposible o muy difícil su control, pues ya son más fuertes los lazos reales de identificación de clase económica, que los orígenes vinculados a la nacionalidad, aun cuando en la superficie consciente de la propaganda se diga lo contrario.

Es un hecho la reubicación de las fronteras que no son ya "topo-geográficas" sino "topo-psicológicas", siendo éstas el centro del conflicto interno e individual de los núcleos inconscientes de nuestra polaridad conservadora-liberal. Hago énfasis en esto, porque los líderes políticos, los padres, los maestros, por qué no, también los psicoanalistas, a pesar de nuestra alternancia conservadora-liberal, al tomar conciencia de la fuerza motivadora de estos núcleos, podamos ayudar a incrementar aquellas corrientes liberales que ayuden a elevar en espiral ascendente la historia de la especie, sobre todo al tomar conciencia de las potencialidades conservadoras que la retardan regresivamente. Cualquier "extranjero" a mi país o a mi ingrupos, que me entienda y pueda dialogar conmigo desde una actitud básica liberal, aunque no podamos llegar a los mismos fines cercanos, puede no ser sentido por mí como un "extraño", como un peligroso enemigo potencial que alerte la agresividad que mi yo pueda movilizar para no caer en la esclavitud. El nacionalismo pertenece pues, a aquellas identificaciones de alta operatividad social características de las pseudosubespecies, en el sentido que he tratado antes y dentro del listado de las identificaciones en la cultura actual.

A manera de Epílogo Filosófico Social.

Me voy a permitir la última aventura teórica en este ensayo, como los últimos párrafos que contienen mis reflexiones filosófico-sociales. Creo que el hombre ha avanzado tanto en su tecnología, pero no así en su organización social, porque el primer hombre se creó y se descubrió a sí mismo poseedor del formidable sistema simbólico abierto de su lenguaje, que a diferencia de las señales de los animales, lo puede comunicar o separar, unir o enajenar de sus demás iguales. Las presiones por la supervivencia

en la lucha intergrupos desde ese remoto y lejano principio en la dimensión histórica, pero sólo un breve momento en la escala evolutiva, le llevaron a cerrar ese sistema de comunicación, también como protección del ingrupo, creando así, en el horizonte donde convergen la ontogenia con la filogenia, una dualidad dialéctica precursora de la tendencia conservadora-liberal. La oposición de las fuerzas egoístas y del ingrupo y las de los exgrupos que nutrían desde entonces la interacción social, ya estuvo presente en ese hipotético horizonte de la definición de la especie. Quizá desde la primitiva organización yóica específicamente humana, ya estuvo presente la dialéctica de la naturaleza en el conflicto de la dualidad ético-tecnológica. La técnica al servicio fundamental del dominio del ingrupo y su efectividad para la lucha territorial y económica por un lado, mientras que por el otro, la organización de las primeras sedimentaciones éticas y religiosas para preservar la unión de los grupos aún dentro de su diversidad.

La capacidad simbólica la puso el hombre desde un principio al servicio de la interpretación de las señales de las funciones de dominio, funciones ahorradoras de energía, que desde los primates y siguiendo las leyes naturales de la complejidad de la evolución, originaron la organización social piramidal con los roles de mando y liderazgo. Parece, sin embargo, que el elevado e intenso instinto de poder, que estaba en ese pasado remoto al servicio eficaz de la organización piramidal del ingrupo, se ha ido sobreadaptando más y más en el curso de la historia. Parece que esto se debe en parte, a que el instinto de poder y dominio no contiene interconstruido en su propia organización de umbrales biológicos, aquellos elementos de cesación o de extinción de la tensión, como sí la hay en el orgasmo, o aun en otros impulsos instintivos parciales. Otro factor para la sobreadaptación, estaría en la ruptura del ecosistema, la desintegración del nicho ecológico que ha hecho el hombre con su tecnología. Cada vez más, aunque no en forma manifiesta, hay muchas áreas de las relaciones y de los conflictos sociales, donde se han levantado más altas y de manera más agresiva las barreras de los ingrupos, esas barreras psicológicas que contienen a las pseudosubespecies; los factores económicos siempre presentes, se han agudizado. Desde ese pasado remoto hasta hoy, en ocasiones especiales de diversas clases de hambre, real o fantaseada, de amenaza territorial aunque se viva en la opulencia dentro de latifundios agrícolas e industriales, el sistema simbólico del lenguaje y la inteligencia, abierto para la invención de nuevos significados y teorías, se cierra; sin embargo, para crear fantasías prejuiciosas rígidas, que convierten al individuo y al exgrupo vecino, no en diferente, sino en peligroso enemigo.

Las diversas clases de guerras preventivas, de ataques genocidas y de escarmientos populares, son "justificadas" por la fuerza de las fantasías de peligro proyectadas en el otro, cerrándose así el círculo paranoide y escalándose la violencia. La continua retroalimentación de dos sistemas paranoides crea en la zona de encuentro, una verdadera "tierra de nadie", una zona de alta peligrosidad, tal como la sufrimos en diversas partes del planeta donde la hegemonía de uno o de otro bando se alterna. Son zonas de verdadera pérdida de la cordura, donde sólo impera el instinto de dominio. Las agencias internacionales de paz, a pesar de sus esfuerzos, al no tener capacidad ni ejecutiva ni tecnológica propia, se convierten muchas veces en gritos de alarma en el vacío. Del lado de las partes en pugna, que generalmente caen dentro de una u otra hegemonía totalitaria, no hay la necesaria resonancia ética que permita el diálogo y detenga la violencia.

Trascendencia y angustia existencial, combinadas de mil y una manera desde la infancia y reforzadas después a lo largo de la convivencia social, están en la base de los valores del ingruo y sedimentadas internamente en la polaridad conservadora-liberal. Allí, en el seno de la familia donde se refleja el entorno social, con sus filias y sus fobias, sus delicados y sutiles prejuicios dictados al niño como al desgano, pero que le quedan fijos en su valoración que hará a los demás cuando sea adulto, allí se pueda aprender que lo más importante en este mundo es la capacidad de dominación, la que confunde, o le hacen creer que será la clave de su trascendencia. Allí se aprende que el poder da "razón"; al otro, al de abajo, sólo le queda entonces la precaución que se resume en el viejo dicho castizo: "Líbreme Dios de los buenos, cuando los malos son menos", enseñándose a esquivar, o a esperar y aprender cómo adquirir la fuerza para la venganza, o a almacenar resentimiento que se convierte en apatía para la participación. Si pertenece a un estrato de baja cultura, todo eso sucede casi igual, sólo que por caminos más simples pero no por eso menos eficaces.

La sobreadaptación paranoide, al igual que las cornamentas de los grandes renos de épocas pasadas, les fueron inservibles para adaptarse a las condiciones cambiantes del ecosistema. La peligrosa sobreadaptación paranoide humana actual, donde las cornamentas gigantescas son atómicas, químicas, biológicas y aun psicológicas en el repertorio del armamento de los países hegemónicos, puede llevar al suicidio de la especie o a su monstruosa mutación. Las características de las relaciones internacionales, se parecen cada vez más a la conducta de los predadores, en que los esfuerzos hacia los exgrupos se insumen en la persecución, la esclavitud y la muerte de la presa económica. La presa para atiborrar estómagos ahitos, sin embargo, es una y otra vez persegui-

da y acorralada. La conducta de dominio, enmascarada por la propaganda, es ya igual a una lucha entre especies diferentes.

Pese a todo esto, gracias al mismo sistema simbólico abierto de la alta inteligencia del ser humano, también el hombre se permite poco a poco el pensamiento científico y filosófico, la creatividad artística, el ensayo de erigir y derrumbar ideologías y utopías cada vez más humanistas y globales, ensaya y mezcla éticas parciales para incluir a más exgrupos, intenta no tener que eliminar a sus iguales. Creo que en los confines más íntimos de los individuos, se libra la batalla entre el Bien y el Mal, entre las fuerzas instintivas y su adecuada o inadecuada descarga social. Cada vez centramos más el principio y fin del hombre en el hombre mismo, pero para ello es necesario reconocer la posibilidad de la cooperación en la desigualdad.

Quizá mis ideas sobre los núcleos de identificaciones de polaridad conservadora-liberal, cuya organización se inicia tempranamente en la infancia, en la cual parten como centros de mando los motivadores para la acción social, puedan dar alguna pista de esta batalla interior que se desenvuelve en el campo de la psicosocial. Somos una especie en evolución, hay muchos datos al respecto, pero hemos transformado peligrosamente el habitat y estamos al filo de una sobreadaptación que puede no tener vuelta. Quizá también, estamos en los umbrales de un nuevo Renacimiento. La sobreadaptación paranoide es ya muy evidente, complicándose suicidamente por la altísima tecnología de los armamentos no contrarrestada por una ética más universal. La religión por el hombre mismo no ha sustituido aún a la religión por los dioses.

Los impulsos de dominio, herencia específica de los antropoides, desde los albores del hombre le ahorraron energía al estar al servicio de la organización piramidal del ingrupo, que logró así mayor eficacia en un ecosistema que creía infinito por no conocer sus fronteras. Este ecosistema lo hemos desintegrado irresponsablemente, con las ideas de Cesarman, lo estamos asesinando, aún lo creemos invulnerable e infinito; sin embargo, ya hay señales de que debemos detenernos antes de doblar la esquina del ataúd. Con el mismo sistema inteligente, con capacidad tremenda de inventiva, al mismo tiempo que crea la ciencia, el arte y la filosofía, el hombre inventa aún demonios peligrosos que los proyecta en los exgrupos y lo llenan de prejuicios. También irresponsablemente estamos contaminando peligrosamente nuestro universo social. La propaganda tiene como misión en esta guerra de prejuicios, la satanización del oponente enemigo para la justificación de la violencia armada. Desgraciadamente la ética parece que se ha quedado atrás en la carrera contra la tecnología. Pese a todo, debemos tener fe y trabajar para acrecentarla, para que del mismo

sistema simbólico abierto por la vía de un liberalismo neohumanista, colaboremos para encontrar nuevas alternativas para un mundo en acelerada transformación, que deseamos esté en los umbrales de una Nueva Civilización fundamentada en una Ética más Universal.